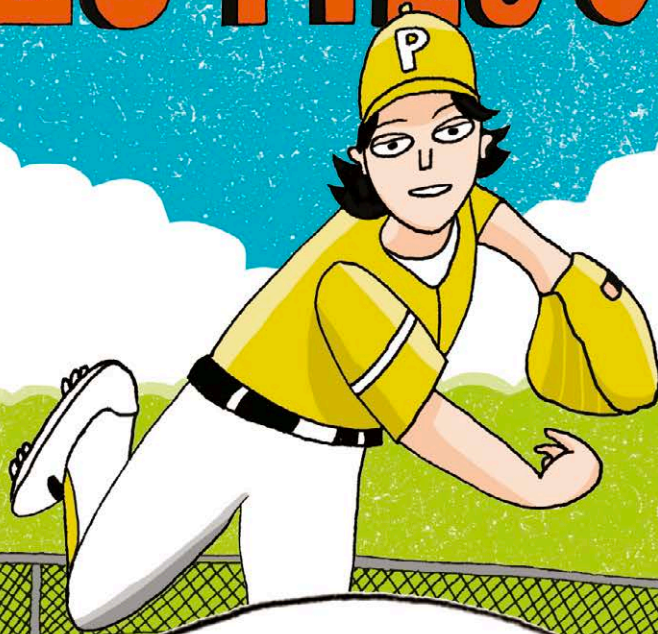


Libros de la Anacahuíta

# SIEMPRE HARÉ LO MEJOR



Escrito por Alexander Gracia  
e ilustrado por Luis Ángel Martínez

ampáyer



bateadora



catcher



pitcher



primera base

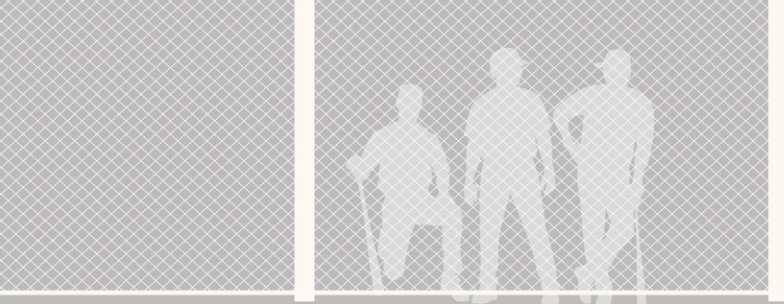


segunda base



jardinero derecho





**MANUEL GONZÁLEZ**



*MG Finito*

PIRIRÍS | Pitcher

**CARMEN BARRERA**



*CarmenB*

PIRIRÍS | Catcher

**ÉRIKA MALDONADO**



*Érika Numérica*

PIRIRÍS | Jardinera Derecha

**BRANDON IBA «BI»**



*BIbai*

PIRIRÍS | Jardinero Central

**Siempre haré lo mejor**





# Siempre haré lo mejor

**Alexander Gracia**  
Ilustrado por Luis Ángel Martínez



*Siempre haré lo mejor* / Alexander Gracia ; ilus. de Luis Ángel Martínez

1a ed. - Monterrey, Nuevo León, México: Instituto Estatal Electoral y de Participación Ciudadana de Nuevo León, 2026.

96 páginas ; ilus ; 16 x 23 cm (Libros de la Anacahuita).

ISBN: 978-607-9000-34-9

1. Literatura infantil y juvenil – México
2. Deporte – Literatura infantil
3. Participación - Literatura infantil

LCC: PZ73 .G731 2026      Dewey: 863.7

**INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL  
Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA  
DE NUEVO LEÓN**

Consejera Presidenta

**Dra. Beatriz Adriana Camacho Carrasco**

Consejeras y Consejeros Electorales

**Mtro. Carlos Alberto Piña Loredo**

**Mtra. Martha Magdalena Martínez Garza**

**Lic. María Guadalupe Téllez Pérez**

**Mtra. Alejandra Esquivel Quintero**

**Mtro. Michael Alberto Banda Espinosa**

**Mtro. Diego Aarón Gómez Herrera**

Secretario Ejecutivo

**Mtro. Martín González Muñoz**

**SIEMPRE HARÉ LO MEJOR**

D.R. © Instituto Estatal Electoral  
y de Participación Ciudadana de Nuevo León  
5 de Mayo 975, oriente, Col. Centro,  
C. P. 64000, Monterrey, Nuevo León, México  
Tel. 81 1233 1515

D.R. © Autor: Alexander Gracia

D.R. © Ilustrador: Luis Ángel Martínez

ISBN: 978-607-9000-34-9

ISBN versión electrónica: 978-607-9000-33-2

Editado e impreso en México, 2026

Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Descarga libre en:

[www.ieepcnl.mx/info/publicaciones](http://www.ieepcnl.mx/info/publicaciones)

A Francisco Arredondo y Jorge Gracia, quienes me tendieron  
su guante y me enseñaron a lanzar la bola.



*La memoria es el paraíso del que  
jamás podrás ser arrojado.*

Pedro «El Mago» Septién



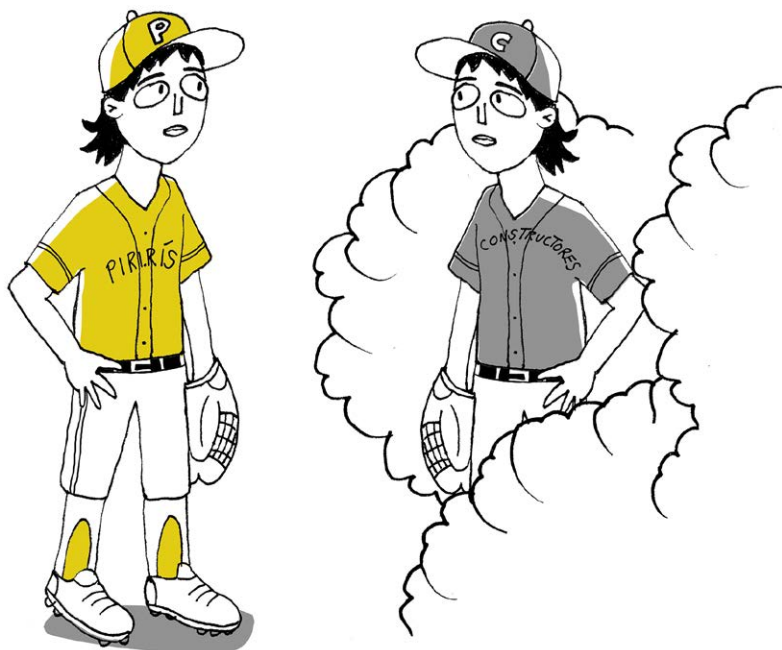
# 1. El gran día

**M**uchos años después, al enfrentar a la selección de Japón en la final mundial de béisbol, Manuel «Finito» González habría de recordar la mañana en que tuvo lugar su último juego de Ligas Pequeñas.

Su equipo se llamaba los Pirirís, en honor a un ave de pecho amarillo que sobrevolaba la ciudad. Jugaban contra su exequipo: los Constructores. Si los Pirirís eran vistos como un grupo alegre, ruidoso y lleno de buenas vibras, los Constructores eran todo lo contrario: disciplinados, serios y meticulosos como su nombre lo sugería. Ambos bandos se consideraban rivales naturales y se enfrentaban continuamente en el torneo regional para luchar por representar al estado. Eso cualquiera lo sabía, pero Manuel era más consciente de ello al haber vestido ambos uniformes. Incluso aún conservaba, escondida en un rincón de su clóset, la camisola de los Constructores, que abandonó por no sentirse seguro de representar.

Esa noche, Manuel estaba tan emocionado que había dejado preparado su uniforme sobre la cama: gorra, camisola,

pantalón, medias y spikes. Quería tener todo listo. Si alguien hubiera abierto la puerta en ese momento, habría pensado que un beisbolista profesional y un niño en pijama compartían la misma habitación.



Pero no todo era emoción. También había nervios, muchos nervios. ¿Por qué? Para empezar, cof cof, exequipo, cof cof, los Constructores. Segundo, vería por primera vez como rivales a Morales y a Gustavo, sus antiguos amigos. Por último, comenzaba a ser consciente de que sería el partido final que jugaría con sus Pirirís. Y todo por las cochinas faltas de oportunidades: después de los 14 años ya no había lugar en los equipos convencionales, ni uniformes iguales, ni amigos asegurados.

¿Podía haber algo más grande para Manuel que este partido? Imposible. Ni las carnes asadas que hace su mamá, o bueno, tal vez sí.

Mientras recorría con los dedos la textura rugosa del logo con forma de pajarillo, pensó en que, al día siguiente, después del último out, todos volarían hacia otros deportes, equipos y amistades. Le dieron ganas de llorar y recordó aquella escena mítica donde Ash, de Pokémon, se cubría los ojos con la gorra para despedirse de un compañero. Presintió que mañana, cuando todo terminara se sentiría como él... aunque por fortuna, sin apellidarse Ketchum, porque apellidarse así, sí sería una verdadera tragedia.

Aquella noche se durmió hasta bien tarde. Las aves amarillas volaban inquietas dentro de su cabeza. Quizá por eso soñó raro.

Estaba en el campo, su campo, pero algo estaba mal: el cielo era verde y el pasto azul. Era la última entrada, dos outs y su equipo perdía. Lo llamaron a batear y no se atrevió a salir. De pronto Morales apareció, lo tomó por el hombro y lo animó a ir a home.

—Dales con Tokio, Finito.

—¿Tú también cambiaste de equipo? —preguntó confundido.

—No, no, no. Solo vine a ver si te animabas a batear de una vez por todas.

El logotipo de su camisa vibró como si quisiera escapar. Manuel soltó el bat, y una voz lejana comenzó a crecer entre las sombras del sueño:

—Mijo... mijo...—hasta que se volvió un zangoloteo.

—Manuel, ya levántate, ya es hora.

—Esto no se acaba... —murmuró, aún dormido y dándose vueltas en la cama.

—Se te va a hacer tarde.

—Hasta que... se acaba.

Su madre pensó un instante para decir algo que pudiera despertar a su hijo. Dio en el clavo.

—¡Playball!

Manuel pegó un brinco y se palpó el pecho en busca de algo. Al ver el uniforme a su lado respiró hondo y apretó la gorra contra el pecho. Hoy era el último juego junto a sus Pirirís, y aunque no lo supiera todavía, sería también un día que recordaría toda su vida.

## 2.

# El campo de juego

No me eches la culpa —dijo su madre, saliendo del cuarto—. Te estuve mueve y mueve y no te querías despertar. No parabas de decir cosas sobre «Morales» y que no querías que terminará el juego.

Manuel se puso rojo.

—Ya, ya, no hay de qué avergonzarse —continuó ella—. Al rato la verás, quizá ahora de otra forma —le guiñó un ojo—: a fin de cuentas, ahora serán rivales.

Tan rápido como quien se barre en home para anotar, entró en el uniforme y estuvo listo. El niño y beisbolista de la noche anterior se habían fundido en un solo ser, pero por dentro, sentía un nudo en la garganta: no era un partido más.

Llegó al parque de Ligas Pequeñas al mismo tiempo que el autobús de los Constructores. El primero en bajar fue Gustavo, que siempre se las daba de líder. Durante años habían viajado juntos en ese mismo camión, apretados y compartiendo risas. Hoy, en cambio, sus caminos estaban separados.

—Buenos días, señor «Finito» —saludó Gustavo, en un tono de burla.



—Es Manuel...

—Is Minuil —arremedó, provocando la risa del resto de sus compañeros.

Pronto lo rodearon como depredadores a una presa. El jugador de los Pirirís se sintió reducido a nada. Gustavo se llevó el pulgar al cuello y susurró:

—Eres beisbolista muerto.

Manuel huyó rápidamente al estadio. Iba tan veloz que al entrar por la puerta principal no escuchó el saludo de doña Gume, la de la tiendita, ni el de las madres y padres que ya estaban en las gradas.

—Correcaminos, el coyote te va a comer —canturreó alguien al verlo levantar polvo mientras corría.

Se detuvo cuando percibió el aroma a césped recién cortado. Levantó la vista y contempló el escenario donde tendría lugar el partido más importante de su vida. Las gradas estaban casi llenas, y la gente seguía llegando. Don Octavio marcaba con delicadeza las líneas del campo. La cal caía como la arena de un reloj y delimitaba la tierra marrón que brillaba, fina y suelta. Manuel se imaginó como su uniforme pasaría de ser gris y amarillo, a marrónis y marrónillo, después de barrerse.

El coach Arrieta, también papá de uno de sus compañeros, lo saludó al verlo llegar.

—Manuelito, por fin llegas. ¿Dónde están tus cosas?

Se palpó el hombro, giró el cuello hacia atrás y buscó su batera. Nada. Miró al coach avergonzado.

—Menos mal no se te olvidó el brazo, porque lo vas a necesitar: abrirás el partido.

—¿Yo? —preguntó con la garganta cerrada. No lo podía creer. Sintió que el estómago se le hacía un nudo: ser el pitcher abridor era lo último que quería hacer hoy, pero también lo que más había soñado.

—No, cómo crees: don Octavio. ¡Pues sí, muchacho, tú! ¿Quién más conoce tan bien a los Constructores? Eres el indicado.

Tragó saliva y sintió como las manos le comenzaron a sudar. El coach estaba por decir algo más, pero señaló hacia las gradas.

—Mira, tu salvadora.

Su madre caminaba con prisa cargando la batera donde se podía leer en letras bordadas el apellido González. La mujer se detenía cada tanto a saludar a las personas que su hijo había

ignorado. Manuel suspiró con alivio y también con urgencia: si esperaba más, no llegaría a tiempo a calentar. Corrió hacia ella.

—Gracias, ma.

—¡Qué bárbaro! —le dijo a un grupo de señoras—. Sin maleta, sin despedirse y sin beso.

La señora González le plantó un beso en la mejilla. Manuel miró hacia los lados al pendiente de que nadie lo hubiera visto. De haber sido así, no se la acabaría con el carro que le echarían.

—Ándale vete a estirar y revisa tu batera, te dejé unos...

Manuel no la dejó terminar, ya había salido disparado otra vez rumbo al dugout.

### 3.

## En el dugout

La primera vez que jugó en el campo de los Pirirís, a Manuel le pareció que el dugout era como un búnker de guerra de esos que salían en el Fortnite. Estaba hundido en la tierra y se bajaba por unas escalerillas. Siempre era fresco y guardaba humedad; el eco de las voces rebotaba en las paredes y tenía un olor a tierra mojada —salido de quién sabe dónde—, que se pegaba a la ropa. Ahí se sentía protegido, aunque a veces caían pelotazos cerca y por más acostumbrado que uno estuviera, nunca dejaban de asustar.

—¿Qué pasó, mi Manu? Llegas tarde, todavía traes baba seca en la cara.

Manuel se revisó de inmediato las mejillas.

—Y todavía te fijas, ‘tas bárbaro, pa’ —dijo Bi sonriendo de lado.

—Es que sí me quedé dormido. Ya hasta me regañó tu papá.

—Ah, no le hagas caso al viejo, aunque bueno... al menos no olvidaste el cinto. ¿Te acuerdas esa vez que te hizo jugar con un mecate puesto en la cintura?

Manuel se mordió los labios. Vaya que lo recordaba: el coach era estricto y disciplinado, y más con el uniforme. El día de su olvido se escucharon risas —en ambos equipos— cuando salió a batear.

—Cómo no.

Carmen llegó arrastrando sus rodilleras y con el peto amarillo colgando del cuello. Tenía la gorra hacia atrás, el guante y la careta en la mano derecha.



—¿Interrumpo, plebes? —soltó, y ella misma respondió—. ¡Ja! Ya sé que no. Vámonos a calentar, Manuelín. Me dijo el profe que tú ibas a lanzar.

Manuel bajó la mirada.

—La verdad preferiría no hacerlo.

—¿Te estás rajando? —Carmen lo miró con reproche—.  
Pues Rafa está bien puesto para abrir.

—Carmen... —intentó detenerla Manuel.

—Aunque acá entre nos...

—Carmen —en vano la interrumpió Bi.

—...me gustaría más que fueras tú, pero si estás así...

—¡CARMEN! —gritaron los dos al mismo tiempo.

La catcher parpadeó sorprendida.

—¿Qué? No hagan tanto ruido.

Manuel sacó su guante de la batera. Tras sostenerlo unos segundos, finalmente metió la mano, indeciso, para sentir la piel áspera por dentro. Dio un paso hacia las escaleras del dugout y tragó saliva.

—Bueno... vamos —murmuró, intentando sonar seguro.

Carmen ocultó una media sonrisa al colocarse la careta. Para ella y Bi, Manuel parecía decidido. No notaron que, detrás de sus pasos, lo único que lo sostenía era la confianza que depositaban en él para abrir el último partido.

Con Carmen detrás, lista para ayudarlo a calentar el brazo, salió al campo de juego.

## 4. Calentando el brazo

Carmen buscó un lugar junto a los demás compañeros que ya estaban calentando. Manuel hizo algunos estiramientos, se tronó el cuello y se colocó frente a ella a unos cuantos metros de distancia. Se miraron.

—Hazme las señas y yo te lanzo, Car.

—A ver, dale con todo.

Manuel apretó la bola, lanzó, y el guante de Carmen sonó seco al recibirla. La catcher fingió y gritó:

—¡Pérateee!, no hay necesidad de sacar todo aún.

Él sonrió. Siguieron lanzando. Carmen narraba cada tiro como si fuera cronista deportiva y Manuel se reía de sus ocurrencias. Por un momento olvidó la importancia del partido y solo se preocupó por platicar con su amiga a través de los lanzamientos.

—Ahora lánzame una curva, Manu.

—Todavía no me salen bien —dijo, lanzando una recta suave.

—Confía, chiquitín.

Intentó girar la muñeca en el siguiente tiro, pero la bola se

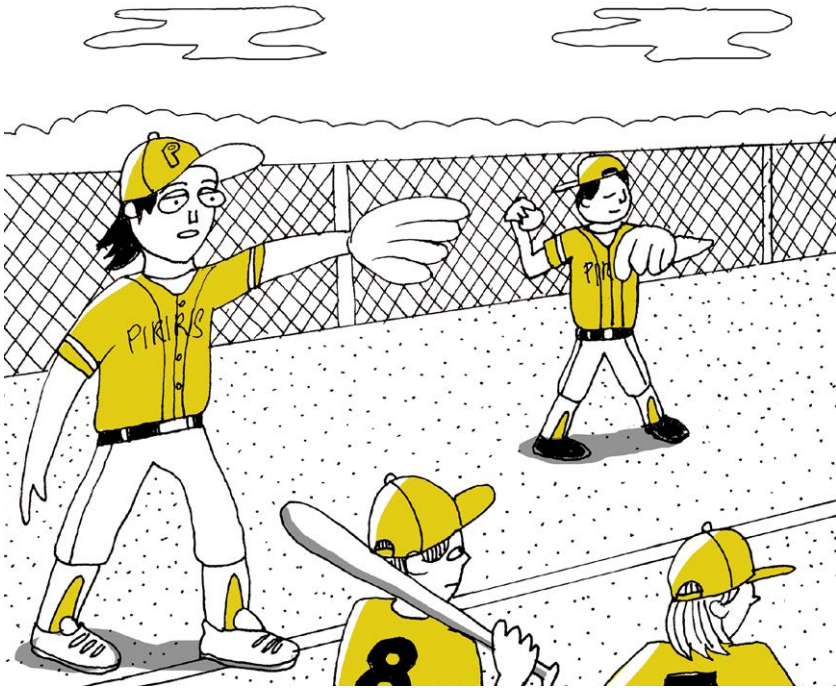
le resbaló y picó antes de llegar al guante de la receptora. Le dolió la panza de la vergüenza.

Al otro lado del campo, Gustavo, el pitcher de los Constructores, también calentaba. Manuel lo miró de reojo. Lanzaba con más potencia que antes. Carmen observó lo que su compañero veía y silbó con sorpresa.

—¿Qué? ¿Ya te intimidó?

—¿Tú qué sabes, Carmen?

—Sé que si juegas así ya valiste, o ya valimos, más bien.



Manuel no contestó. Se agachó para alcanzar un lanzamiento que por tanta plática iba algo bajo, pero no lo alcanzó y se le coló entre las piernas. Cuando alzó la vista, se dio cuenta

que el profe Pablo, su antiguo entrenador, lo observaba. Sintió como si un mecate le apretara el estómago. El coach siempre había sido duro, en particular con él. Nunca olvidaría ese comentario que le hizo antes de abandonar a los Constructores:

—No te sientas mucho por ese ponche. Te recuerdo que los últimos dos partidos que perdiste casi nos cuestan el regional.

Fue la gota que derramó el vaso. Una de las razones por las que se cambió de equipo. Él quería que jugara como Gustavo: a costa de pelotazos e intimidaciones. Manuel volteó la vista y miró a su alrededor. Sus compañeros Pirirís ya lanzaban desde más lejos, estirando el brazo. Él permanecía quieto en el mismo sitio.

—¡Hey! ¡La bola! —gritó Carmen.

La mirada en llamas de la receptora lo puso en marcha, pero antes de que llegara a la bola alguien lo detuvo y la puso en su guante.

—Buena suerte hoy, Manuel.

Era Mónica Morales. Su voz era un poco más fina a como la recordaba, había cambiado o quizá era solo que tenía mucho tiempo sin escucharla. Su característico chongo café le salía de la gorra negra como siempre, pero algo era distinto en ella. Sus labios tenían un brillo artificial y olía raro.

—Hola... Mora.

—Siglos sin que nadie me dijera así.

—Suerte a ti también —balbuceó, cortando la conversación.

Por alguna razón se sintió extraño. Era la misma sensación que lo había desvelado la noche anterior, como si los Pirirís volvieran a revolotearle por dentro del cuerpo. Regresó con Carmen y le lanzó la bola lo más rápido que pudo.

—Y esa, ¿quién era?

—Morales, la segunda base de los Constructores.

—Así que una jugadora de segunda —bromeó.

—Juega chido.

—¿Más chido que yo? —preguntó Carmen, con tono retador.

Manuel silbó y apuntó los ojos en dirección al cielo para evitar responder la pregunta.

—Méndigo —refunfuñó Carmen—. Ya verás, ya verás. Voy a batear como nunca y me voy a echar el equipo a la espalda. Solo necesito que cooperes y la ponches. Más chido que yo. ¡Ja!

Los coaches Arrieta y Pablo llamaron a sus jugadores. Piriris y Constructores formaron una línea a cada lado del diamante. Manuel sintió la fuerza del sol al quitarse la gorra y ponerla en su pecho para entonar el credo de las Ligas Pequeñas. Todos los jugadores alzaron la vista y al unísono dijeron:

—Amo el deporte. Respetaré sus reglas. Jugaré limpio. Haré todo lo posible por ganar, pero gane o pierda... ¡Siempre haré lo mejor!

El coro retumbó en su cabeza mientras lo entonaba: ¿de verdad podría dar lo mejor?

## 5.

# Nos volvemos a ver los rostros

Los jugadores respiraron con un nerviosismo notable al sentir la presencia y los aplausos de sus padres y madres en las gradas. Con las gorras ya puestas, aún en fila, avanzaron frente a frente y comenzaron a chocar las palmas para saludarse. Aunque esto normalmente no les gustaba, fomentaba una deportividad sana, según decía el coach Arrieta.

Manuel iba cabizbajo. Primero saludó a Itzel, después a Santiago. En voz baja le dijeron:

—Traidor.

—Chapulín.

Ni dónde meterse: sentía la cabeza enorme y el cuerpo chiquito chiquito. De repente sintió un palmetazo duro en la mano. Le bastó enderezar levemente la mirada para ver que se trataba de Gustavo. De cerca se veía más grande, como si se hubiera estirado el año pasado y lo hubiera dejado abajo. Por último, y después de los demás jugadores, saludó al coach Pablo, que le extendió la mano fingiendo sorpresa. Así era él, racional cuando se encontraba relajado, pero se lanzaba

la primera bola y perdía el control. Ganar, ganar, ganar: era lo único que pensaba.

El coach Arrieta los juntó fuera del dugout y les dijo las posiciones a pesar de que ya todos sabían qué jugaban. Rafa estaba dispuesto a correr al jardín izquierdo cuando el coach lo detuvo.

—Sin prisa, muchacho. Déjenme decirles unas palabras.

Bi observó como su padre se aclaraba la garganta y se ocultó hasta atrás de todos. Sintió una enorme vergüenza. Lo había visto la noche anterior declamando frente al espejo un discurso que él mismo había escrito, incluso camino al campo lo seguía practicando. En él se repetían muchas veces las palabras *victoria*, *derrota*, *diversión* y *béisbol*.

—La verdad es que tenía algo preparado para decirles, pero lo olvidé. ¡Ja! Saben, no son los únicos nerviosos —se interrumpió el coach limpiándose el sudor de la frente—. Los he visto crecer mucho en esta última temporada. Los he visto cometer bastantes errores, más de los que me gustaría —dijo guiñando el ojo—, pero también bastantes aciertos. Claro que se prefiere ganar a perder; pero recuerden de lo que esto se trata: trabajar en equipo y dar el cien por ciento. Si damos eso, les aseguro que la mayoría de las veces todo saldrá bien. Hoy eso es lo que quiero ver en ustedes.

Para sorpresa de Bi, su papá no mencionó ninguna vez las palabras: *victoria*, *derrota*, *diversión* y *béisbol*; el equipo aplaudió y rugió como si estuvieran listos para entrar a un coliseo a combatir con leones. Todos formaron un círculo y pusieron las manos al centro. A la de tres gritaron más fuerte que nunca:

—¡Pirirís!

El grito fue tan fuerte que llegó hasta el dugout de los Constructores. Gustavo no supo por qué, pero algo en él se encendió. Sintió enojo, aunque no supo de dónde venía. Quería enseñarles que él podía gritar más alto, que su grito podía llegar más lejos.

—Quiero ganar, muchachos —les dijo el coach Pablo—. Este partido es de suma importancia y, al igual que los otros, hay que ganarlo. No solo eso, quiero que los demolamos. Imagínense en un futuro, qué van a decir sus coaches de mí, su viejo entrenador de Ligas Pequeñas. ¿Qué no los entrené bien y perdimos la final? Eso sí que no, señores. Morimos en la raya, pero ganando.

El equipo escuchaba con atención a su entrenador como si su palabra fuera ley.

—Las posiciones serán las mismas —continuó—: Samuel, a la recepción; Gustavo, a la loma; Santiago, a la primera base; Morales, la segunda...

—Coach... ¿puedo lanzar hoy? —preguntó Fermín, bajito bajito, con la mirada clavada en el suelo y ocultando las manos en su espalda.

—No, Fermín —respondió sin mirarlo—. Necesitamos asegurar el juego. Tú vas al jardín derecho. Santiago, Morales, asegúrense de echarle un ojo a su compañero. No se le vaya a ir la bola como la otra vez.

Fermín había reunido toda su valentía para formular la pregunta. A pesar de que ya se imaginaba una respuesta similar, no pudo evitar agüitarse. Aguantó el aire un segundo, como si quisiera decir algo más, pero finalmente se desinfló y asintió en silencio.

—Bueno, les decía —retomó el coach—. Los cambios que habrá serán en el orden al bat. Haremos un pequeño pero bre-



ve ajuste. Morales, serás el primer bat. Eres rápida, asegúrate de embasarte. A como dé lugar —dijo tomándola por los hombros—, ¿entiendes? Aquí es donde entras tú, Fermín.

Los ojos de Fermín se iluminaron al saber que sería segundo bat. El coach siempre lo dejaba de octavo y a veces de último.

—Vas a tocar la bola para que Morales avance a segunda.

Así como se habían iluminado sus ojos, se apagaron. Fermín asintió, más que con decepción, con tristeza. No quería tocar la bola, quería batear.

—Eso, Fermín, a tocar la bolita, que para batear namás no —se burló Santiago, dándole un leve empujón en el hombro. Itzel rio y lo imitó con otro codazo ligero.

—Por último, vienes tú, Gustavo. Batearás como nunca y harás que Morales anote. Esos son los cambios. Todos los demás turnos serán los mismos que la última vez.

El equipo rompió la formación. Morales tomó su casco, respiró profundamente y se detuvo en la salida del dugout a esperar a que anunciaran su nombre.

## 6. ¿Strike 3?

Una delgada y fina red separaba al mundo exterior del campo de juego. Afuera estaban las porras del equipo local y visitante. Adentro, al centro del diamante, estaba Manuel, con un aura de Grandes Ligas. El discurso que les dio el coach lo hizo perder parte de la presión que sentía desde la noche anterior. Cuando sus amigos gritaron tan entusiasmados, no pudo evitar contagiarse de su coraje.

«Haré lo mejor. Lo que lance irá tan rápido que sacará humo».

Las bocinas retumbaron en el parque con el anuncio del primer bat:

—Al bat, con el número 2, por el equipo de los Constructores: ¡Mónica Morales!

El breve y casi inexistente silencio que existió mientras el anunciador hablaba fue destrozado por el golpeteo de un tambor perteneciente a la porra visitante, que marcaba el ritmo como una banda de guerra:

—¡Mo-Mo-Moralessss!

Manuel observó a su excompañera avanzar hacia la caja de bateo. ¿Ella? ¿Primer bat? Eso no podía ser. En los años que jugó con los Constructores lo más cerca que estuvo a ese turno era ser quinta. Algo andaba mal.

La bateadora caminó hacia el plato. Tocó con la punta del bat la esquina exterior del home y abrió el compás de sus pies. Tras una leve flexión de rodilla alzó el bate y observó a Manuel con una mirada que abarcaba su cuerpo entero, como si nada de él escapara de su campo de visión.

«No puedo».

El miedo regresó de golpe. Frente a él estaba Mónica, que lo veía como a un completo desconocido; y detrás de ella, en cuclillas, Carmen, que con solo la mirada y una seña breve y firme, le transmitió la calma suficiente para poder seguir. Ese contacto visual bastó para saber con qué tipo de lanzamiento comenzar el último partido. Manuel ensució su pantalón con tierra, como en cada inicio de partido hacía a modo de ritual, y cerró los ojos un instante.

«Lo intentaré. Estoy listo».

El ampáyer calló los gritos de las enjundiosas porras y puso en marcha el encuentro con un prolongado grito:

—¡¡PLAAAYYYBALL!!

Manuel tomó un gran respiro. Tan pronto palpó las costuras de la bola con sus dedos, levantó la rodilla hacia arriba e inclinó todo el peso de su cuerpo hacia adelante. Lanzó la bola con precisión y poder, justo donde Carmen había colocado el guante.

En ese pequeño lapso en el que la bola salió de las manos del lanzador, Mónica no reaccionó, o para ser exactos, no vio la bola venir porque cruzó el plato como un rayo. Solo escuchó

un fuerte tronido que impactó el guante de la receptora.

—¡STRIIIIKKKE UNO! —vociferó el ampáyer.

El rugido de la porra de los Pirirís estalló en el aire. Doña Gume gritó desde la tiendita:

—¡Otro igual, mijo!

«Otro igual, tú puedes. Toda esta gente confía en ti».

Carmen le devolvió la bola con una sonrisa y le hizo la misma seña. Manuel confirmó con un movimiento de barbilla. En esta ocasión Mónica Morales apretó con todas sus fuerzas el bat y se preparó para abanicar. El lanzamiento fue idéntico al anterior, y aunque ella logró rozarlo, apenas cambió su trayectoria.

—¡FOOOOUUUUUL! ¡Strike dos!

El bat de Morales apenas había logrado dar un rozón a la bola. Aquel segundo intento fue un gran golpe para su confianza. Observó un momento su bat y pudo ver un tallón producido por el ligero golpe. Las manos todavía le temblaban, no tenía fuerza suficiente. Tragó saliva. Cero bolas y dos strikes.

«Solo uno más. ¡Vamos! ¡Hazlo!».

Los Pirirís sonreían y gritaban apoyando al pitcher desde sus posiciones. En cambio, los Constructores analizaban fríamente al lanzador mientras ocultaban la tensión que sentían.

Manuel escuchó su corazón martillearle el pecho. Se tocó, justo donde tenía el logo de los Pirirís bordado. Lo sintió vibrar: era más intenso que el tambor de la porra visitante. Un strike más y tendría el primer out del partido. La mano de Carmen indicó un cambio de velocidad. El sol calentaba su espalda. Una pequeña gota de sudor corrió por su mejilla. El primer out estaba en sus manos, que en ese mismo instante comenzaron a sudar. La bola le pesaba.



«Concéntrate... concéntrate».

Verificó su postura: los pies separados a la anchura de los hombros, el brazo derecho escondido detrás de la espalda, el pie derecho ligeramente adelantado y apuntando hacia adentro para hacer palanca. Todo estaba en orden, como muchas veces antes lo había estado. Levantó la pierna izquierda creando un ángulo recto a la altura de su ombligo; recargó el peso totalmente en la pierna derecha y, girando la cadera, aprovechó el *momentum* de su cuerpo para transferir toda su energía y emoción a la bola. Lo hizo en automático, como respirar. Sin embargo, al instante que su brazo se movía con dirección al guante de Carmen, observó el rostro de Mónica y la bola resbaló. No tenía una dirección clara, se tambaleaba y se escurría

hacia adentro, peligrosa y demasiado cerca del cuerpo de la bateadora. Tan pronto su mano se encontró vacía, Manuel se arrepintió de haberla lanzado.

«¡No! ¡Le va a pegar!»

El lanzamiento seguía su curso. La fricción del aire reducía su velocidad. Mónica notó la falta de precisión en la bola y repitió en su mente —como un mantra— la frase que su coach le había dicho en el dugout: «A como dé lugar».

Y dio un paso.

Un solo paso hacia adelante. Hacia donde la bola llegaba con una dirección impredecible. Cerró los ojos y en ese instante, cuando todos contenían el aliento, el equilibrio del día se rompió y el tiempo en el campo pareció suspenderse.

## 7.

# El juego suspendido

La bola no llegó al guante de Carmen, tampoco al cuerpo de Mónica. A escasos centímetros de tocar el rostro de la bateadora la bola se mantenía suspendida en el aire. Desde la loma, Manuel esperó el sonido del golpe y también un grito, pero no escuchó nada.

El silencio era absoluto. No había ruido en las gradas, ni en el campo, ni siquiera en los dugouts. Tampoco soplaba el viento ni el sol ya ardía: todo estaba detenido, como si alguien o algo hubieran detenido el mundo.

Mónica abrió los ojos lentamente. La mueca que había hecho en un intento para prevenir el dolor que iba a sentir, se deshizo al ver lo imposible: las costuras de la bola, quieta, tan cerca que estaban a punto de rozar su casco. Giró levemente la cabeza. El ampáyer estaba con la boca abierta y parecía tener la intención de señalar el pelotazo, pero no, su gesto quedó inmóvil.

—¿Ampayita? ¿Don ampáyer está ahí? —preguntó con la voz temblorosa.

Contrario a lo que esperaba obtuvo una respuesta.

—¿Cómo que si está? ¿Qué no ves? Aquí está detrás de mí —dijo Carmen todavía en cuclillas. Se incorporó, levantó la careta y miró hacia atrás—. Ostras...

—Y no solo ese es el problema: no me pegó —dijo Mónica señalando la bola.

Carmen abría la boca perpleja y su mirada avanzaba lentamente hacia arriba. Mónica quiso reírse al ver su expresión, pero reparó en lo que sus ojos veían. Como la cuadrícula de una hoja de su libreta de matemáticas, se estiraba sin fin y hacia el cielo, la red que protegía a los espectadores de los pelotazos. El público, a su vez, yacía congelado como el ampáyer. Entre las figuras detenidas, Mónica distinguió a su padre, con la mano en el rostro, en espera del impacto que nunca llegó.

—Papá... —susurró con lágrimas en los ojos.

Manuel escuchó a sus amigas hablar y quiso saber qué pasaba. Dio un paso y descendió del montículo de tierra. Dio otro y el césped crujió y se estiró como una alfombra verde interminable. Lo que eran metros se volvieron kilómetros. Retrocedió, asustado, y sintió que la tierra lo reclamaba de nuevo.

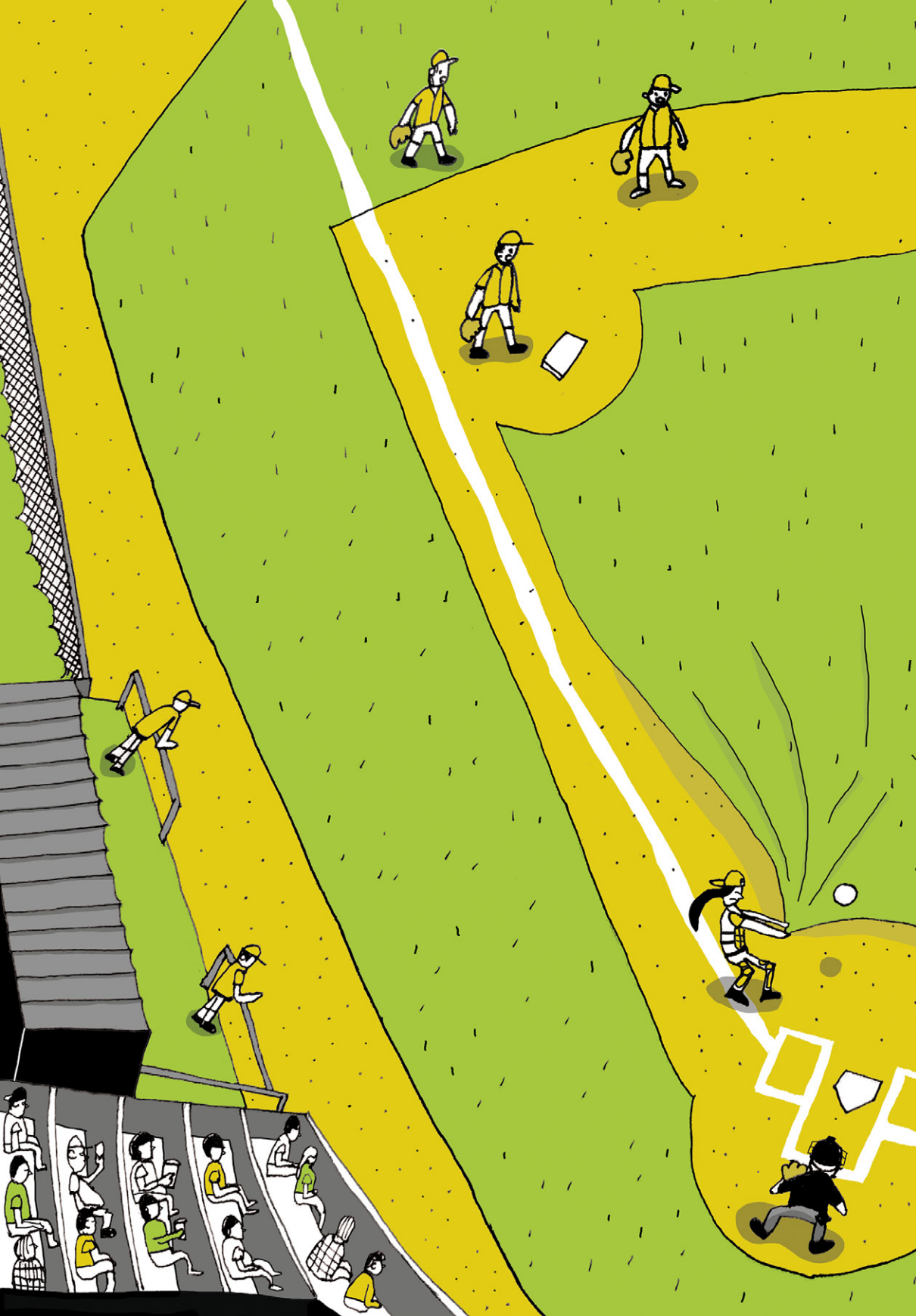
—No puedo avanzar —gritó.

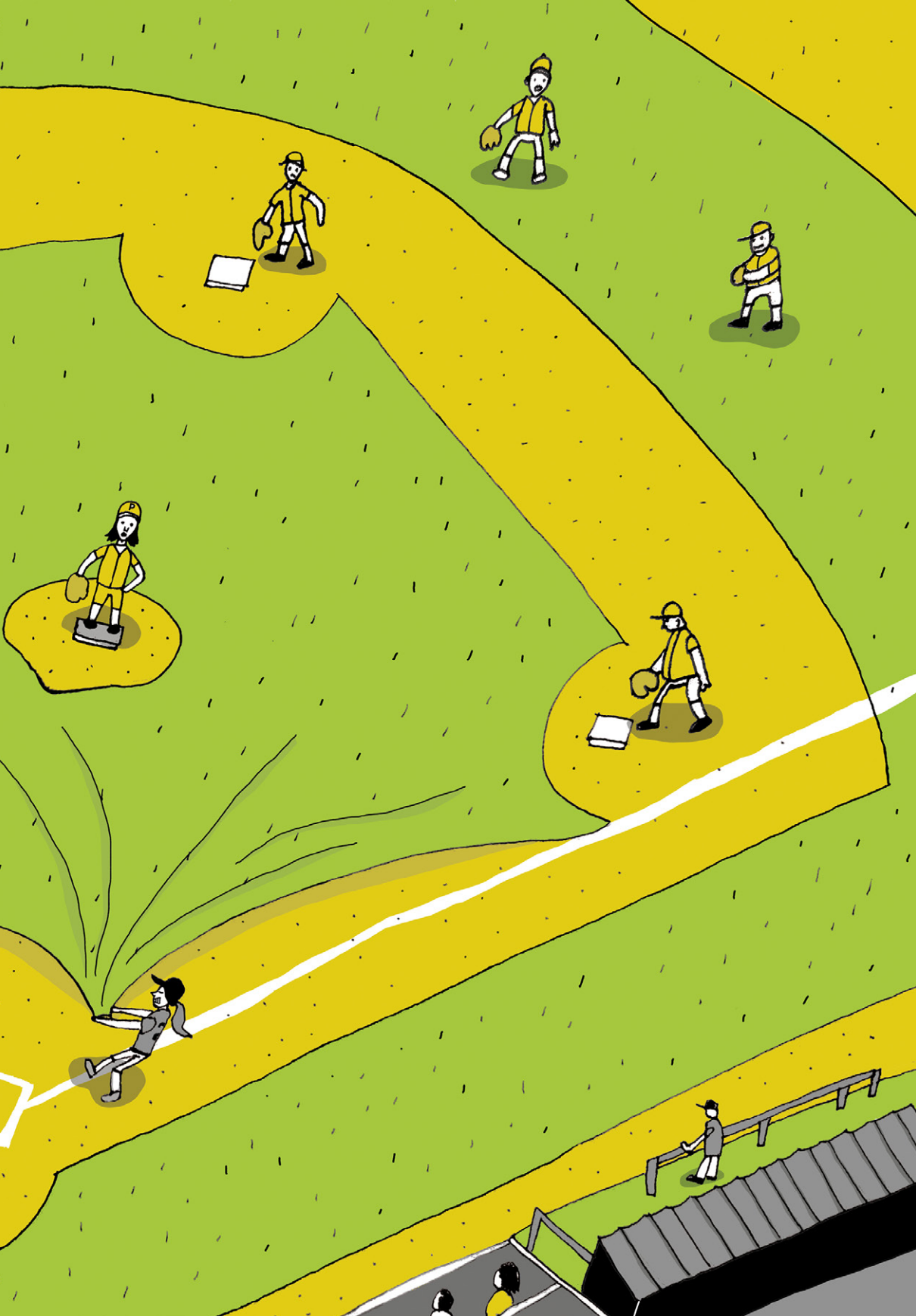
—¿Qué?! —respondieron las jugadoras.

—¡¡Qué el campo se estira!!

Repitió la operación una vez más. Las dos lo miraron con espanto mientras se hacía chiquito y desaparecía en el horizonte color verde. El vértigo lo hizo doblarse, le dieron ganas de devolver los taquitos de huevo con chorizo que había almorzado. Entonces, reparó en algo: sus spikes estaban anclados a la tierra.

—¡Hey! ¡Carmen! ¡Mónica! ¡Tengo una idea!





Las dos alzaron las manos en señal de querer entender a qué se refería.

—¡Tomen el césped como si fuera un mantel y júlenlo hacia ustedes!

Se miraron confundidas. Manuel trató de explicarse mejor:

—¿Recuerdan ese video de TikTok donde sacan un mantel, los platos y copas... como si nada?

Carmen y Mónica comprendieron al instante. Habían visto el video viral en la aplicación. Las dos se pusieron juntas, tomaron cada una un trozo de césped congelado, y tiraron con fuerza. Del otro lado Manuel corrió alzando los brazos hacia atrás como un ninja, cantando en voz baja una canción que misteriosamente llegó a su mente:

—Correcaminos, el coyote te va a comer.

Carmen reaccionó como un gato viendo un pepino y empujó a Mónica a un lado. Su amigo llegaba más rápido que los strikes que había lanzado al iniciar el partido. Lo recibió con todo el peso de su cuerpo, lo cual no bastó porque ambos salieron volando como pinos de boliche.

—Estás pesado, Manuelito —bromeó la receptora, casi sin aire.

Mónica los ayudó a levantarse. Aunque intentó sonreír, no pudo evitar apretar los labios y pensar que quizá todo había comenzado por ella: por haber dado ese paso hacia la bola en vez de jugar limpio como bien decía el credo.

—Bueno... ¿y ahora qué? —preguntó, tratando de disimular la culpa que sentía.

Un murmullo extraño llegó desde el dugout de los Constructores. Algunos jugadores emergían confundidos y con el rostro pálido. Mientras tanto, los Pirirís permanecían rígidos

y aislados en sus posiciones. Manuel los vio y un escalofrío recorrió su nuca: estaban solos. Antes de moverse, los tres miraron a la bola.

—Mónica, perdóname, no te quería pegar—dijo Manuel, avergonzado.

—Es mi... —intentó decir Mónica, pero se le cerró por completo la garganta.

—Pues yo estaba en trance —dijo Carmen salvándolos de un silencio incómodo—. Yo me vuelvo de piedra cuando estoy ahí abajo. No reacciono hasta que la bola llega a mi guante o el ampáyer grita. Quizá por eso desperté hasta que esta se puso a chillar.

—No chillé... —replicó Mónica indignada.

—Bueno, ¿y ahora qué? —repuso Manuel.

Carmen intentó tocar la bola con su dedo índice, pero fue en vano: su dedo se detuvo justo antes de alcanzar el cuero blanco.

—Es como si hubiera una pared invisible entre la yema de mi dedo y la bola.

Manuel tenía los ojos fijos en la esfera suspendida.

—Es el infinito —susurró casi en silencio.

Carmen le pasó la mano frente al rostro.

—¿Qué? ¿Ya te quedaste tú también congelado?

—No... —repuso con voz entrecortada—. Es solo que... me siento aliviado. No quería que iniciara el partido. Ni que terminara y de repente pasa esto, la bola, al igual que mis nervios y ansiedad, se detuvieron.

Mónica permanecía en silencio. Prestó atención a las palabras de su amigo y vio como sus ojos iban poniéndose llorosos. Aun así, no se atrevió a decir nada.

Tras entrar en razón de que ella y Carmen escuchaban en silencio su confesión, Manuel pareció despertar de un momento de ausencia donde sus pensamientos habían tomado el turno al bat.

—Ya veo. De modo que tú deseaste esto —sentenció la catcher.

—No, no digas eso.

—Ah, no te creas —Carmen le dio un abrazo por detrás del hombro, tratando de arrancarle una sonrisa—. Recuerda, chiquitín, no solo tú te sientes así. Mira alrededor: todos se quedaron aislados, al igual que tú estabas hace un momento. ¿No crees que posiblemente se sentían igual que tú?

Manuel levantó la vista. El campo brillaba con una luz blanca y tenue, como la de una sala de espera. La bola seguía flotando, inmóvil.

—Tienes razón, Carmen. Y como se cómo se sienten... ¡Debemos ayudarlos!

## 8.

# Un dos tres por mí y por todos mis amigos

No fue tarea fácil juntarlos a todos. Carmen se dio cuenta que entre más lejos estuviera el jugador, más rápido y fuerte parecía llegar: como si el campo los repeliera.

—Imagínate, si para agarrarte a ti salí volando.

Optaron por empezar por Mariano, el primera base. Era el más cercano, también el más pesado del equipo. A gritos le explicaron lo que tenía que hacer.

—No será fácil —dijo Carmen—, pero podemos intentar algo. Replica esto.

En lugar de la postura de catcher en cuclillas que normalmente usaba, flexionó las rodillas e inclinó su torso hacia adelante, como si se preparara para recibir un remate de voleibol. Tras verificar que Manuel estaba a su altura y forma, le indicó que lo siguiente era ponerse espalda con espalda.

—Ahora sí, Mariano. ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!

El césped se levantó como una marea verde. Más que un niño de 14 años, Mariano parecía una bala de cañón. El cuerpo que formaban el pitcher y la receptora hundió los spikes en la

tierra. Carmen recibió el impacto con un grito ahogado, Manuel comenzó a dejar surcos de tierra al ser empujado hacia atrás. Resistieron y esta vez sin salir volando.

Con Mariano integrado, la cosa fue más sencilla. Él se encargó de anclar a Carmen al suelo aplicando presión sobre sus hombros. Así lograron recibir al segunda y tercera base, también al shortstop, que llegaron disparados como proyectiles.

El problema comenzó con los jardineros.

Rafa, desde el izquierdo, saltó con tanto ímpetu que entró girando, haciendo un giro extraño.

—Está agarrando chanfle —dijo Mariano, abandonando su posición.



—¡Rápido, agárrense de las manos! —ordenó Carmen, tomando el liderazgo.

Fue la primera en recibirlo. Después, Rafa comenzó a girar sobre la cadena humana compuesta por el resto de sus compañeros. Como fichas de dominó, cayeron todos uno por uno hasta que Rafa aterrizó en el suelo.

—Pensé que me iba a quedar solo allá —gimoteó mientras se levantaba.

Con Érika «Numérica», optaron por formar una bola humana entre todos y amortiguar su llegada. Aunque funcionó, Carmen no pudo evitar que el golpe le sacara el aire. Se dobló un instante, con la mano en el estómago.

—Vamos a descansar, Car —sugirió Manuel.

—Es que —jadeó—, ¿no lo ven? Está... aterrorizado.

Todos voltearon. En medio del campo, pálido como un fantasma, estaba Bi. Temblaba de pies a cabeza, con las piernas hechas gelatina. Desde lejos distinguieron su rostro, blanco como la cal.

—Solo... denme un... momento —dijo Carmen antes de caer exhausta y hacerse bolita.

Los jugadores la rodearon y se vieron entre sí.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Rafa.

Fue entonces que una voz inesperada los sacudió.

—¿Necesitan refuerzos?

Nadie supo de dónde venía, hasta que bajo sus pies emergió Mónica, con el uniforme negro que resaltaba entre el amarillo de los Pirirís como un grano de arroz quemado.

—No eres catcher, Mora —dijo Manuel.

—Peor, no es Pirirí —añadió Érika.

—Y mucho menos, Carmen —sentenció Mariano, cruzado de brazos.

—No se equivocan—contestó Mónica—, pero no vengo sola.

Los Pirirís escucharon un sonido que les resultó familiar: arreos de catcher, solo que más pesados, más firmes. El eco que dejaba el arrastre se amplificaba por el campo, creando un sonido de jefe final de videojuego.

—Les presento a Sammy: nuestro catcher, y si quieren puede ayudarlos.

Sammy apareció detrás de ella. Era grande, fornido, con los arreos brillando bajo la extraña iluminación del campo. No se veía tan ágil como Carmen, pero su presencia imponía, como si fuera inamovible. Algunos pasaron saliva. Otros lo miraron incrédulos. Manuel dio un paso hacia él y rompió el círculo que formaban alrededor de Carmen.

—En estos momentos —dijo con voz firme— necesitamos toda la ayuda que tengamos al alcance.

## 9.

# La unión hace la fuerza

**B**i parecía lanzado con resortera. Con los Pirirís detrás de él, Sammy emitió un rugido y capturó al jardinero en un abrazo. La multitud pirirí soltó gritos de alegría y alivio. Celebraron y agradecieron al Constructor dándole palmadas y zapes amistosos. Carmen se incorporó y chocó puños con él, en una señal de reconocimiento y respeto entre catchers.

Al escuchar los festejos y ver que su receptor y segunda base estaban con sus acérrimos rivales, el resto de los Constructores se acercó. No corrieron, avanzaron despacio, aún con desconfianza. Boredearon las líneas de cal con precaución. Llegaron a donde los ruidos de celebración todavía retumbaban y se detuvieron.

Explicaron que lo habían visto todo: como el césped se estiraba y se retraía, como recibieron a cada uno de los jugadores. Aun así, decidieron mantenerse al margen. Después de todo no sabían si compartir tanto con el equipo rival era seguro.

—Lo importante es que ya estamos todos juntos —dijo Manuel, sorpresivamente calmado.



—Nos falta uno —aclaró Mónica, apuntando con el pulgar hacia atrás. Gustavo permanecía dentro del dugout, sentado a un lado del coach Pablo, que observaba el campo inmóvil con gesto de desaprobación.

—¿Vamos por él? —propuso Santiago, de los Constructores. Mónica negó con la cabeza.

—Al único que obedece es al coach.

—Lo importante aquí —dijo Carmen, tomando el mando otra vez— es saber por qué está pasando todo esto.

La euforia que habían experimentado hace apenas un momento se esfumó. Cómo si nunca hubiera ocurrido. En su lugar, nació una bulla de preguntas que se hacían unos a otros:

—¿Por qué solo nosotros?

—¿Y si es un castigo?

—¿Qué pasa si nos quedamos aquí para siempre?

—¿Creceremos?

—¿Seremos igual de viejos que nuestros padres?

—¿Y si estamos soñando?

Manuel escuchó a sus compañeros y sintió un eco de la noche anterior. ¡El sueño! Había experimentado algo parecido, aunque en esta ocasión el cielo no era verde y el césped no era azul. Ahora, en cambio, el tiempo y su cese lo envolvían.

«Aquí no tengo que lanzar. Aquí no me equivocaré y el partido no terminará jamás».

—Vamo' a calmarno' —dijo Carmen.

—¿Qué sabemos hasta ahora? —preguntó tímidamente Érika.

—Yo solo sé que esto me da aires de Matrix —propuso Rafa, metiendo el torso debajo de la bola suspendida.

No lograron avanzar mucho con las averiguaciones. Itzel y Santiago admitieron que en ese momento estaban distraídos molestando a Fermín, quien lo confirmó con un gesto resignado. Sammy explicó que estaba preparando sus arreos para la entrada y que no notó nada raro hasta que Mónica llegó al dugout. El resto de los Constructores confesó que solo esperaban ver si Morales lograba embasarse.

Érika carraspeó para tomar la palabra.

—¿Han intentado hacer con la bola lo mismo qué hicieron con nosotros?

—¿A qué te refieres? —preguntaron varios.

—A si intentaron atraer la bola hacia ustedes, así como lo hicieron cuando nos rescataron. Tal vez si logramos mover la bola, logremos desatorar el tiempo.

—Por eso te decimos Numérica. ¡Eres una genia! —exclamó Mariano.

—Sí, sí. Vayamos a atesorar el tiempo —dijo Santiago.

—Desatorar, menso —lo corrigió Itzel.

Manuel estaba por decirle que la bola no se podía tocar, pero Carmen lo detuvo con una mirada. Érika Numérica se acercó con cautela. Al intentar mover la bola y fallar, lejos de decepcionarse, pareció registrar algo en su cabeza. Carmen y Manuel le contaron lo que habían descubierto: el campo se estiraba solo cuando alguien intentaba avanzar, como si algo los repeliera a jugar en él y lo único deformado fuera el tiempo dentro del diamante.

—Interesante —murmuró Érika—. Estamos en stop.

—En stop, en stop —empezaron a cuchichear todos.

Alrededor se formó un aura distinta. No era miedo, era más como un alboroto que no se expresa y queda guardado en la cabeza y el estómago. Algunos querían reanudar el juego cuanto antes; otros, solo volver a casa. Lo peor fue cuando Bi escuchó a un jugador decir que su coach estaba «estático» y reparó en que su padre, el coach Arrieta, probablemente habría sufrido el mismo destino.

Corrió tan rápido como pudo hacia el dugout. Ahí estaba él, a punto de aplaudir, con una expresión congelada de aliento. Bi se detuvo en seco, lo miró por un largo rato y luego lo abrazó con todas sus fuerzas en busca de reanudar el tiempo detenido.

Pero nada cambió. El coach Arrieta siguió inmóvil y Bi, con la cara hundida en su pecho, sintió que ni el más fuerte de los abrazos podría descongelarlo.

## 10.

# El lugar sin límites

Los equipos eran más parecidos de lo que pensaban: ambos tenían un coach congelado y un jugador aferrado a quedarse junto a él. Según Numérica, lo primero era reconocer el terreno, así que propuso hacer un par de pruebas.

—Necesitamos un corredor y un escalador.

—Yo corro —se ofreció Rafa, a punto de echar a correr.

Para la escalada nadie levantó la mano.

—En serio, ¿ninguno? —reclamó Érika.

— Mira, mira. ¿Y por qué no lo haces tú? —dijo Mariano, volteándole la tortilla.

—Porque... ¡Yo soy la supervisora! —respondió cruzándose de brazos.

Entre los Constructores se escuchó una pequeña voz, que aumentó su tono cuando dio un paso al frente.

—Yo... —dijo Fermín, encogiéndose de hombros— en eso destaco.

Sus compañeros lo observaron sorprendidos.

—¿Ah, sí? ¡Pues dame un taco de bistec! —bromeó Carmen.

Silencio. Alguien imitó el sonido de un grillo.

—Ayyy... qué aguafiestas son —resopló la receptora.

Rafa salió disparado siguiendo la línea de cal por fuera del campo. Fermín se quitó los spikes y comenzó a escalar descalzo la red. Nadie lo contradijo, aunque alguno comentó que sus zapatos olían a chetos de los azules. Los Constructores se miraron entre ellos, desconcertados al ver la rapidez con la que ascendía. ¿Ese era el mismo Fermín al que rara vez ponían a jugar? Nadie había esperado verlo así, trepando con fuerza, como si siempre hubiera estado listo para algo más que calentar la banca.

Esperaron.

Y esperaron.

Aunque el tiempo seguía detenido, la ansiedad se esparcía como neblina gris.



Entonces, regresó Rafa, corriendo.

—Tuve que devolverme —dijo agitado—. Hubo un momento en que los perdí de vista. La línea seguía y seguía. Nunca llegué a la cerca. Tampoco me cansé. Era raro, como si avanzara y al mismo tiempo no.

Poco después bajó Fermín.

—Allá arriba podía seguir trepando, pero llegó un punto en que me dio vértigo. No había aire: solo niebla. Ustedes... se veían cada vez más pequeños.

—¿Y la gente del público? —preguntó Carmen.

—Igual: congelados. Como si fueran parte de una foto.

—Como un fondo que nunca cambia —añadió Rafa.

El verde césped comenzó a hacerse opaco. El ánimo de los jugadores se volvió igual de apagado.

—¿Y si no encontramos la manera de destrabar esto? —dijo alguien del grupo.

Nadie respondió, ni siquiera Érika.

## 11.

### Bateando solo en la oscuridad

**B**i salió del dugout decidido y caminó hasta el home.

—Tenemos que descongelarlos. ¡A como dé lugar!

—Probablemente sigan en stop hasta que se reanude el juego —opinó Manuel.

—¡Pues juguemos!

Todos se miraron. Después de todo, no habían intentado volver a jugar. Estaban a punto de volver al terreno de juego cuando Carmen levantó el brazo para detenerlos.

—Esperen, si entran, tendremos que volver a sacarlos.

—Además —añadió Érika, como pudimos comprobar, no podemos acercarnos a la bola.

—¿Y si la bateamos? —propuso Mónica.

Antes de que alguien tuviera tiempo de procesar la sugerencia, Bi tomó un bat y abanicó con fuerza. Al principio, el bat se resistía a llegar a la bola, como si algo invisible lo empujara hacia atrás, pero Bi insistió. Con cada swing, el espacio cedía, y finalmente conectó.

El estruendo oscureció el diamante. Una onda expansiva

levantó polvo, movió a los jugadores e hizo volar algunas gorras. Manuel parpadeó y se frotó los ojos. No lo podía creer, su sueño se había hecho realidad: el césped era azul y el cielo verde eléctrico.

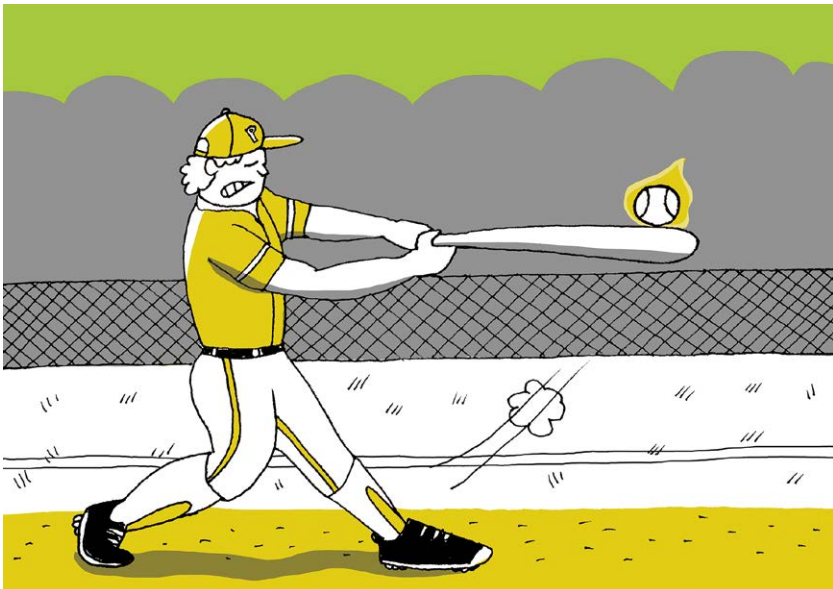
—¡Para, para! —gritó—. Mira lo que hiciste.

Uno a uno miró a su alrededor. El campo entero parecía un reflejo distorsionado, más extraño y lejano del que conocían. Las caras se les ensombrecieron: estaban más lejos de volver que antes.

Carmen trató de calmar la tensión, aunque la voz le temblaba.

—Calma... Conservemos la calma.

Bi, en un arranque de desesperación, volvió a golpear la bola. El campo regresó a sus colores originales. Todos soltaron un respiro de alivio, que duró apenas un momento: nada había cambiado. Seguían atrapados.



Sammy, aún con los arreos puestos, caminó con paso lento hacia la red. Su cuerpo grande hacía crujir el suelo, pero se movía en silencio, como si llevara consigo un secreto. Los demás lo siguieron con la mirada, expectantes y esperanzados de que hubiera descubierto algo.

Se dejó caer de espaldas en el césped.

—¿Qué? —dijo con naturalidad—. Si no sabemos qué hacer, al menos podríamos echarnos una pestañita.

Bi enrojació del enojo.

—¿Dormir? ¡Al menos propón algo antes de descansar, grandulón!

—Un momento, grandul-off.

Sammy se puso la careta y quedó inmóvil. Por un instante, todos pensaron que se había quedado dormido de verdad. Entonces se incorporó y señaló hacia el dugout de su equipo.

—Él.

—¿Quién? —preguntó Carmen.

—Gustavo: nuestro pitcher.

Todos voltearon. Gustavo seguía ahí, pegado a su coach, como si el resto del mundo no existiera. Ya no resultaba amenazante; solo era un niño encogido en la banca, dentro de su propia trinchera.

—Quizá deberían ir a hablar con él —sugirió Sammy.

—Lo intentamos —repuso Itzel—, pero tiene coachitis aguda: solo hace lo que dice el coach.

—Además —añadió Santiago apuntando a Manuel—, no creo que por nada del mundo quiera juntarse con él.

—Es cierto: lo aborrece —agregó Itzel.

—¡¿Ajas?! ¿Y yo qué? —contestó Manuel sacado de onda.

—Te las trae desde que te fuiste y más desde que supo que

jugarían contra nosotros.

—Saquémoslo a la fuerza —dijo Bi.

—Sí, a la fuerza —repuso también Mariano.

Érika negó con la cabeza.

—No creo que sirva de nada forzar las cosas: ya ven lo que pasó al batear la bola...

—¿Y si averiguan cómo se siente? —se atrevió a decir Manuel.

—¡Ja! Zafos —rio Fermín—, preferiría barrerme de cabeza contra Sammy.

—Sí, tienes razón —agregó Santiago—. Hablar con Gustavo es como hablar con la pared, pero esa pared la levantó el coach.

Mónica levantó la voz y dijo con la voz entrecortada:

—Tal vez lo único que sabe es jugar para ganar...

Sammy se levantó de golpe, como el Undertaker.

—Pues vamos a hablar con él. Total... —guardó silencio un instante, antes de esbozar una media sonrisa—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

## 12.

### En la banca

Caminaron juntos hasta el dugout de los Constructores. Manuel, que solía ir al frente, se mantuvo atrás. Mónica se asomó con cuidado. En la penumbra del dugout era difícil descifrar algo. Apretó los ojos y distinguió, apenas, el cuerpo del coach Pablo y detrás de él, escondiéndose, a Gustavo.

¡Zas!

Desde el interior del dugout una bola se estrelló contra la puerta. Mónica apenas alcanzó a apartarse.

—Creo que... está llorando —dijo sin poder terminarlo de creer—. ¡Gustavo está llorando!

No tuvieron tiempo de confirmarlo. Una nueva ola de objetos comenzó a chocar con la puerta: guantes, cascos, bats y más pelotas. Atrincherado, Gustavo los lanzaba. No sabían si lo hacía para proteger al coach o para mantenerlos alejados de él.

—¿Llorando? Si cómo no —dijo Fermín, incrédulo—. Si está atrincherado como soldado.

—¿Y si también piensa que el stop es su culpa? —comentó Érika con la voz baja.

Manuel tragó saliva. Él también pensaba que todo era culpa suya. Recordó lo que le había dicho Itzel: que Gustavo lo aborrecía. Antes del partido lo miraba con desprecio, le hacía señas hirientes. ¿Por qué no lo atacaba ahora que tenía toda la oportunidad y tiempo del mundo?

Mónica y Carmen conocían bien a su amigo, se le acercaron y lo animaron a hacer algo.

—Inténtalo... si así —dijo Mónica

—... lo quieres tú —completó Carmen.

Parecían amigas de toda la vida, quién sabe, quizá la vida entera era precisamente lo que sucedía mientras estaban en stop.

—¿De qué hablan?

—Ya te dije que te conozco, reconozco esa mirada, ¿recuerdas?

Manuel bajó la vista.

—¿Qué creen que debería hacer?

—Haz lo que haría un Pirirí.

—¿Volar?

—No, menso —rio ella, con cansancio—. Solo ve, lo entenderás cuando estés ahí.

Mónica asintió. El resto de los compañeros los veían ciertamente desesperanzados, como si estuvieran a punto de cometer otro error.

—¿Y qué es lo que entenderá, Carmen? —preguntó con curiosidad Mónica.

—No sé, mi estimada —le susurró al oído—, pero conozco lo suficientemente a Manuelito como para saber que solo hace falta echarlo a andar para que lance, o en este caso, haga algo que cambie el rumbo del juego.

Mónica observó a Manuel dar un paso al frente y no pudo evitar pensar en el que ella había dado antes de que todo se detuviera.

—Gus, soy yo. Manuel, o como tú me dices... Finito.

Fue doloroso para él decir aquel apodo. Carmen lo escuchó atenta sin decir nada.

Del otro lado no se escuchó nada, tampoco ningún nuevo impacto en la malla de la puerta.

—Déjame pasar —pidió amablemente Manuel.

El silencio se mantuvo hasta que una voz entrecortada surgió de la oscuridad.

—Solo si se van todos los demás.

Manuel volteó hacia sus compañeros, hizo una seña a Carmen, quien con su gorra empezó a movilizar al resto de chicos al igual que un viene viene dirige los coches o un pastorcillo lidera a un rebaño de ovejas.



—Todo tuyo —le dijo con un gesto, levantando el pulgar.

Adentro el aire era pesado, casi pantanoso. Una bruma llenaba el espacio. Manuel despejó la tela grisácea que le impedía observar a su excompañero. Finalmente distinguió una figura alta, seria y furiosa, idéntica a las de los monumentos de bronce que veía a menudo en las plazas de la ciudad: el coach Pablo. Ese lugar oscuro, con aire apenas respirable, parecía ser su dominio. Perdido y aferrado al recuerdo de lo que representaba su figura, se encontraba Gustavo, sollozando bajito para que nadie, ni siquiera él, lo escuchara.

## 13.

# Tierra mojada

Con naturalidad, Manuel cruzó el brazo por detrás del hombro de Gustavo. Por puro reflejo este lo apartó. La tensión no dejaba transitar las palabras ni los gestos. Antes de que comenzara el asunto de los apodos y la competitividad todo era juego. Desde que comenzaron a jugar, de más chicos, eran inseparables. ¿Cuándo cambió todo?

—Los demás piensan que, si te convencemos de salir, podríamos volver a la normalidad.

—¿Me estás culpando? —reclamó Gustavo.

—No... Solo digo lo que decían los demás. Gus... ¿Por qué te quedas aquí?

No respondió. Manuel se levantó de la banca y se colocó frente al coach Pablo. De cerca no se veía tan estricto; en sus ojos podía ver algo que había visto en los de su coach: pasión.

—¿Sabes por qué me cambié de equipo? —preguntó Manuel—. Por él. Era demasiado duro con todos, pero conmigo más. ¿Recuerdas cuando aquella bola me pegó y lloré un poquillo y se burló de mí diciendo: «Qué finito»? ¿Recuerdas? Te reíste y lo usaste contra mí. Me sentí traicionado.

—¿Entonces todo esto es por un apodo? —habló por fin Gustavo—. Siempre fuiste un tibio, incluso antes de lanzar esa última bola donde se detuvo todo, lo vi... sé que podías dar más.

Las palabras le dolieron como un pelotazo.

—No es solo el apodo, Gus. Cuando me tocó lanzar contra Mónica, quise creer que podía hacerlo —Manuel se dejó caer en la banca, agotado—. Pensé que podíamos jugar como antes, antes de que todo fuera competencia, pero no.

De repente, la tormenta perfecta se formó, como si dos fuerzas opuestas la crearan con sus choques. Olor a tierra mojada. Un trueno, luego otro. Las gotas comenzaron a caer, pesadas, brillantes, sobre el techo del dugout.

Afuera comenzó el griterío y después el córrele que córrele. Primero entró Carmen, después Mónica, Santiago, Fermín... Todos llegaron a protegerse de la lluvia que según algunos era fría como las gelatinas que vendían en la tiendita. Otro, con acento de otro lado, corrigió:



—Bolis.

El dugout estaba de bote en bote. Los dos equipos hombro con hombro. Solo Gustavo y Manuel permanecían serios, atrapados en su duelo.

—Oigan, ¿y Bi? —preguntó Érika.

—¿Quién es Bi? —dijo Santiago.

—Un jugador nuestro —explicó ella—: Brandon Ibai.

—Cuando entrábamos lo vi correr al otro dugout —dijo Rafa.

—Deberíamos ir por él —propuso Manuel, en busca de alejarse de su rival.

—Voy contigo —dijo Mónica.

Pirirí y Constructora salieron del dugout. Bajo las gotas de lluvia que los golpeaban, Manuel caminó con cuidado de no acercarse al diamante, que brillaba como una trampa. Mónica, sin darse cuenta, se acercaba cada vez más a la línea blanca. Él la tomó de la mano y la jaló hacia atrás.

Al llegar al dugout estaban empapados hasta los calcetines. Brandon se encontraba junto a su padre, en espera de que algo ocurriera. Cualquier cosa.

—Ven, Bi, vamos con todos.

—No puedo dejarlo solo, se va a mojar.

—Tenemos que estar juntos —dijo Mónica con pena.

—Tengo una toalla en la batera, podríamos cubrirlo.

Bi asintió. Manuel bajó el zíper de la mochila y al desenrollar la toalla algo cayó al piso: un montón de chicles, envueltos en plásticos de distintos colores. Los recogió uno por uno, sonriendo.

—Primero lo cubrimos —dijo, levantando la toalla—. Luego, vamos con todos. Tengo algo que compartir... y creo que les va a gustar.

## 14.

### Un chicle para unirlos a todos

**M**ónica, Brandon y Manuel regresaron al dugout. Los uniformes empapados hacían que parecieran del mismo equipo. Manuel sacó la gorra que ocultaba tras la espalda y la mostró a todos:

—Miren lo que encontré.

Todos se abalanzaron, pero Mónica los detuvo alzando la voz.

—¡Esperen! Que no ven que esto es un tesoro. Agarremos uno por persona, con suerte alcanzaremos todos.

El aire denso que antes llenaba el dugout se transformó en risas. En fila, Constructores y Pirirís, tomaban un chicle. Había de mora, plátano, fresa, menta y tutti frutti. La lluvia tronaba y los chicles también.

—¡Bah! Plátano —dijo Carmen después de escoger al azar—. Bueno, al menos no es sabor tierra mojada.

Las sonrisas crecieron. Sammy reventó su globo y se le pegó al bigote que apenas le estaba naciendo. Los Pirirís dudaron si reírse, pero al verlo morir de risa, se dieron cuenta de que era un gigante noble y se unieron a las carcajadas.



—¿Y de dónde salieron estos chicos? —preguntó Itzel.

—Creo que fue mi mamá —respondió Manuel—. Seguramente me los puso ahí para compartir... y para los nervios.

—Que buena tu mami. La mía ni viene, no le gusta que juegue beis. Dice que debería jugar voleibol.

—¿Voleibol? —intervino Mariano—. Hace poco vi un anime y me muero por practicarlo.

—¿Y tú, Érika? ¿Por qué juegas? —preguntó Sammy con el bigote aún chicloso.

—Primero, porque el hacer deporte es clave para crecer. Y segundo... porque me gustan los *Tyrannus melancholicus*.

—¿Tirani qué? —soltó Carmen.

—Los pirirís: es su nombre científico. A decir verdad, ya tuve suficiente deporte. Me gustaría centrarme en las mates y en un futuro trabajar en la NASA.

—Yo quiero ser Gobernadora —dijo Carmen.

—¿Tú? —se sorprendió Bi—. No me lo esperaba.

—¿Y por qué no?

Brandon sonrió encogiéndose de hombros.

El círculo de confesiones crecía. Mónica se acercó a Gustavo, que parecía pegado a la banca con resistol 30000. Colocó los puños frente a él y los cruzó.

—Elige.

Gustavo, intrigado, eligió la mano derecha.

—A ti te tocaaaa —dijo Mónica haciendo una tómbola con la mano—, unaaaa, rica y deliciosaaaa, goma de mascaaaar, de sabooooor... ¡Mora!

Él tomó el envoltorio azul y, después de mucho tiempo, esbozó una pequeña sonrisa.

—Mi favorito, gracias.

—De nada. Ahora vamos con los demás, la plástica está buena.

—No sé... Según Manuel, piensan que es por mi culpa que estemos varados.

—¿Y lo es? —preguntó Mónica.

—Creo que no.

—Entonces vamos.

Se unieron a la bolita. Fermín fue el siguiente en hablar, parecía haber agarrado confianza con el resto de los jugadores.

—A mí me gusta mucho hacer *hiking*. Quiero hacer el Nevado de Toluca. Y por qué no, el Everest.

Todos lo miraban como si hablara de una cima inalcanzable que, de no ser por las fotos o noticias, parecería inventada.

¿Pero Fermín no había trepado ya por una red infinita? Quizá no era imposible.

—¿Y tú, Gustavo? —preguntó Carmen al verlo llegar—. ¿Hay algo que te gustaría hacer en el futuro?

El resto lo volteó a ver. No se habían dado cuenta que se había sumado a ellos. Más que excluirlo o enojarse con él, lo observaron con cautela y curiosidad. ¿Qué podría desear él aparte de ganar?

—Yo... este... No sé. Me obsesioné tanto con el partido que nunca pensé más allá. Supongo que...

—¿Qué? —insistió Santiago.

—Me gustaría ser feliz.

De lo sorprendidos que estaban quedaron boquiabiertos. El silencio se hizo tan grande que casi escuchaban la lluvia latir. Entonces Manuel habló, tímido y con la voz quebrada.

—Yo... no sé si ustedes lo sabían, pero este es nuestro último partido como equipo.

Varios lo miraron sorprendidos, otros bajaron la cabeza.

—También el de nosotros —confesó Santiago—. No había dicho nada por temor a que se rieran de mí.

—Sí... y como el coach no dijo nada...—añadió Sammy.

—Quizá ya está pensando en la nueva generación de jugadores —dijo Gustavo, que para sorpresa de los demás, por primera vez decía algo en contra de su coach.

Sin miedo a ser juzgados eran una tribu.

Rafa rompió la cadena de confesiones hablando en voz alta:

—Pues yo soy feliz cuando juego, ¿y qué pasa si es el último partido de beis? ¡Aprovechemos! Después habrá más cosas: escondidas, carreras de canicas, Xbox, lo que sea.

Abrió la puerta del dugout y salió corriendo bajo la lluvia. En lugar de evitar el campo como sus compañeros, se adentró en él y para sorpresa de Érika el campo no lo repelió.

—Las leyes del campo no aplican en él —susurró—. ¿Cuál será su secreto?

Contagiados por las carcajadas que emitía Rafa, algunos quisieron salir a mojarse, pero tenían miedo de volver a quedar anclados al infinito del campo. Carmen estaba a punto de salir, pero no se decidía.

—¡Bah! Qué más da —rugió Sammy, a punto de salir también.

—Espera —dijo Érika—, parece que está gritando algo.

Rafa giraba sobre sí mismo, corría por todo el diamante, mientras lo hacía miraba al cielo y a la vez abría la boca. Todos lo miraban como si se le hubiera zafado un tornillo. Jadeando regresó al dugout y gritó entrecortadamente:

—¡La lluvia! Sabe a... ¡chicle!

Lo voltearon a ver incrédulos. Érika lo analizaba de pies a cabeza, se acercó lentamente y lo olfateó.

—Hueles a plata... ¡no! A mora, no, tampoco. ¡Ya sé! ¡Es tutti frutti!

Eso fue música para los oídos de Sammy, quien decidió no postergar más su salida al campo. Acompañado de Rafa, salió del dugout caminando con tranquilidad. Cruzó el umbral y se paró sobre la primera base. Pensativo miró hacia arriba y abrió la boca al mismo tiempo que los brazos. Desde lejos pudieron comprobar que sonreía de oreja a oreja. Como lo hace un avión, comenzó a recorrer todas las bases hasta llegar a home. Nunca lo habían visto tan feliz.

## 15.

# Lluvia de sabores

Poco a poco comenzaron a salir. La lluvia había dejado de ser fría; las nubes seguían ahí, no para nublar la tierra, sino para inundarla con un aroma frutal que flotaba como una sábana sobre el campo. La alegría de Rafa y Sammy parecía haberse vuelto contagiosa.

Al principio avanzaron con cautela, pero pronto, uno a uno se dio cuenta que efectivamente la lluvia no solo mojaba, sino que también tenía sabor: a uva, mora, menta...

—El cielo sabe a lo que quieres —dijo alguien del montón.

Los niños siguieron el ejemplo de Rafa y jugaron a lo que les nacía: al voto, a las atrapadas, carreritas. Algunos inventaron sus propios juegos con sus propias reglas. Como Santiago, que juntó sus manos para recolectar un montón de gotas y lanzarlas a Itzel.

—¡Lluvia de plátano!

—¿Ah, sí? Pues lluvia de menta.

En cuestión de minutos, las líneas y colores de los uniformes se desvanecieron. En ese momento todos formaban parte del mismo equipo.



Carmen, que jugaba a dejarse resbalar por el pasto mojado, derrapó con dirección al montículo, donde se encontraba Manuel.

—Oye... —dijo con tono curioso—. ¿Qué quiere decir tu «Finito»?

Se quedó callado. Abrió la boca solo para volverla a cerrar. Aún no encontraba la manera de explicarlo. Gustavo apareció a su lado, con el cabello pegado a la frente por la lluvia.

—Finito, porque siempre pone fin a los bateadores.

Manuel lo miró. Esperaba cualquier cosa de él menos eso. Carmen sonrió satisfecha.

—Algo así como el «*Finish him*» de Mortal Kombat, me gusta —dijo, y continuó resbalando hacia el home.

Manuel respiró hondo.

—Disculpa por tratarte mal —confesó Gustavo—. Me dolió

un poco que te fueras. Hacíamos buena mancuerna.

—Sí, nos iba bien, pero acá también me va bien, ¿sabes?

—Eso es bueno.

No había más que decir. Ambos jugadores chocaron los puños en un gesto de deportividad y amistad. El intercambio fue sencillo, pero les fue suficiente.

Mientras tanto, Érika estaba sentada en la segunda base. Con las piernas cruzadas y las manos unidas como si meditara. En realidad, pensaba en qué había pasado para que las leyes se hubieran revertido. La bola y los espectadores seguían en el mismo sitio. ¿Y los coaches? También. ¿Acaso sería Rafa el causante de los cambios en el campo de juego?

—Rafa, ¿qué hiciste? —preguntó alzando la voz.

—¿De qué hablas?

—Me refiero a aquello que hiciste para ser inmune a las leyes del campo. ¿Tienes algún poder o algo?

—Numérica, de veras que la mayoría del tiempo no sé de qué hablas. Deja que siga divirtiéndome.

Rafa volvió junto a Sammy y lo trató de empujar. El catcher lo retó a que lo empujara con más fuerza. El jardinero agarró vuelo, corrió y terminó en el suelo. Sammy lo levantó y ambos rieron a carcajadas.

Érika los observaba.

«Divertirse, suena fácil, ¿pero realmente lo es?».

Giró sobre sí misma, dejando que la lluvia cayera sobre su rostro.

«Lo es y tal vez ahí esté la clave».

Buscó con la mirada a Carmen y Mónica. El trío de compañeras se reunió y discutió la hipótesis de Érika, que consistía en algo muy simple: tocar la bola.

## 16.

# Pelotera a la bola

Las chicas formaron un triángulo alrededor de la bola suspendida en el home. Mónica dudaba, no quería que la tocaran. La miraba como si fuera un animal salvaje a punto de despertar.

—No deberíamos tocarla —dijo en voz baja.

Carmen sonrió con desinterés.

—¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Si todo comenzó cuando la bola se detuvo —intervino Érika—, tal vez volvamos a la normalidad si la podemos tocar.

A la distancia Manuel y Gustavo las observaban. Decidieron dejarlas ser. Lo cierto era que querían participar, o mínimo chismear y enterarse de qué pasaba.

—Oye —dijo Manuel sin apartar la vista de las chicas—, ¿no estás cansado del coach Pablo? ¿No te exige demasiado?

Gustavo emitió un largo suspiro.

—Ya me acostumbré, al principio pensé que esa exigencia me hacía mejor, pero estando aquí... me di cuenta de algo: hace mucho que no me divertía en el campo. ¿Recuerdas cuando jugábamos más chicos? En aquel entonces tú jugabas en el jardín

central. Cada que iba la bola hacia ti, me sentía seguro de que la atraparías. Ahora... ahora todo es presión.

—Me pasa igual —admitió Manuel.

—¿De veras?

—Sí, antes de que se detuviera todo, estaba muy nervioso: por eso casi le pego a Mora con el último lanzamiento.

Gustavo dudó un momento antes de decir, casi en secreto:

—Yo vi otra cosa. Ella dio un pasito hacia adelante cuando lanzaste.

Manuel frunció el ceño.

—No... ¿Se dejó pegar?

—No fue tu mejor lanzamiento, déjame decirte, pero sí. Es difícil admitirlo, pero el coach nos ha enseñado un par de... «trucos».

—¿Trucos? Eso es jugar sucio —replicó Manuel, indignado.

Un murmullo en el lugar de las chicas los interrumpió. Carmen se inclinaba sobre la bola, la tocó y un haz de luz descendió del cielo, iluminando un círculo perfecto a su alrededor.

Todos miraron hacia arriba, excepto Manuel, que se llevó la mano al pecho, algo ardía en su interior.

—Interesante, si estoy en lo correcto... —Érika puso su mano sobre la de Carmen y otro rayo atravesó las nubes, abriendo una grieta luminosa en el cielo—. ¡Lo sabía!

La bola vibró. La lluvia se volvió más ligera y sus sabores se esfumaron. Manuel no podía dejar de sentir una inquietud intensa.

—Si todos cooperamos —explicó Érika, mirando a los demás—, quizá podamos poner fin al stop.

Gustavo y Manuel se acercaron y extendieron las manos. Rafa, exhausto de tanto correr bajo la lluvia, se unió e hizo lo



mismo. Después Santiago, luego Bi, Sammy, Itzel, y así uno tras otro hasta que casi todos estaban en el círculo.

—¿Sienten eso? —preguntó Carmen con los ojos muy abiertos.

La vibración aumentaba. La bola parecía respirar, expandirse y contraerse bajo sus manos. Nadie quería soltarse.

Solo faltaba una persona por unirse: Mónica.

Morales dio un paso hacia adelante, la lluvia escurría por su rostro. Levantó la mano, pero en el último instante la echó para atrás.

El aire estaba cargado y denso, como si todos contuvieran la respiración en espera de la decisión de la jugadora.

Pero Mónica seguía inmóvil.

## 17.

# Confesión de campo

Carmen animó a Mónica a que se uniera al grupo, pero una parte de ella se resistía. Una parte de sí quería correr a poner las manos, otra la retenía con culpa. Gustavo dio un leve codazo a Manuel y le guiñó el ojo: era el momento de hablar.

—Mora... —dijo con voz firme—. ¿Planeabas dejarte golpear a propósito?

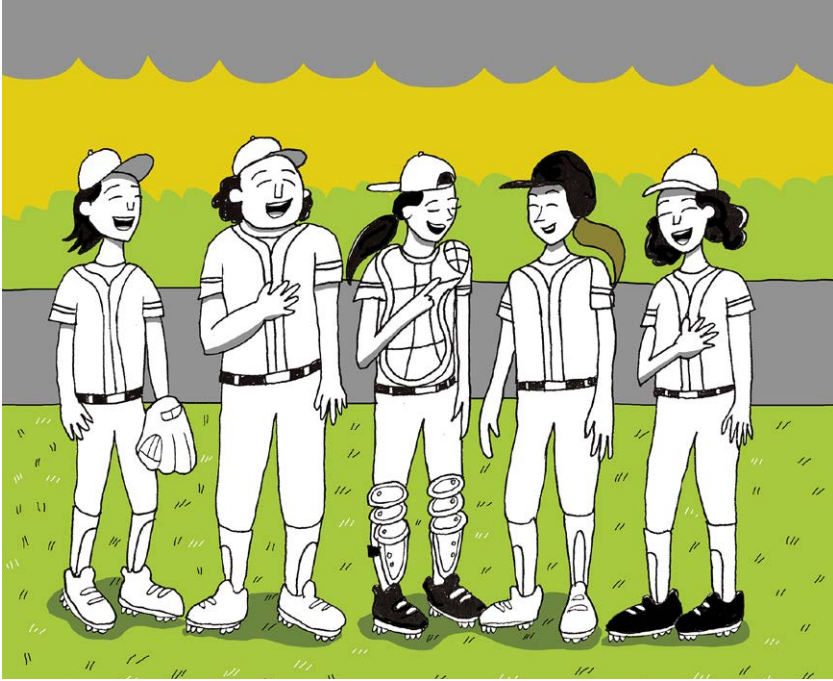
El silencio fue inmediato. Los Constructores se hicieron de la vista gorda, a algunos les dio pena, otros recordaron la voz del coach Pablo y no se sorprendieron. Los Pirirís, en cambio, apartaron las manos con disgusto, indignados por haber convivido con alguien deshonesto. La bola dejó de vibrar.

La luz se hizo tenue hasta desaparecer. La lluvia cesó. El cielo gris los envolvió como una manta.

—Está bien... sí —confesó Mónica, sollozando—. Iba a dejar que me pegara. Creí que era la única forma de avanzar.

La revelación quedó suspendida en el aire. Nadie habló, ni siquiera Manuel.

—Lo sabía —dijo Carmen, cruzándose de brazos—, tenía razón: sí eres una llorona.



El comentario tomó por sorpresa a Manuel, que soltó un ronquido de marranito, intentó contenerse, pero se echó a reír. Gustavo fue el siguiente, al igual que Carmen, Érika y el resto de los jugadores. El enojo se había perdido entre las risas.

—¿Por qué no intentamos jugar limpiamente? —propuso Manuel. Su voz resonó con una fuerza nueva. Había recuperado algo con lo que no había llegado ese día al campo: la confianza.

Morales asintió.

—Sí, y esta vez... voy a dar lo mejor de mí.

—Y lo más importante —añadió Érika—: debemos divertirnos.

—Eso, eso, eso —apoyó Rafa, alzando el puño.

Carmen abrazó a Mónica y sin que nadie lo notara, una lágrima se le escapó.

—Juguemos nuestro último partido como rivales, pero también como compañeros.

—¿Y después? ¿Qué sigue? —preguntó Manuel, ya no con miedo, sino con auténtica curiosidad.

—Para mí, estudiar derecho y convertirme en Gobernadora —respondió Carmen—. Para otros, nuevos deportes, escalar montañas, bailar, yo qué sé.

Por un momento todos recordaron lo que habían confesado antes y se dieron cuenta de que sus sueños siempre habían estado ahí, escondidos bajo la sombra del béisbol, que trataban como su vida entera. Pero ignoraban hasta ahora que su vida, al igual que el partido, apenas comenzaba.

—Aunque claro —añadió Carmen, sonriendo—, si quieres seguir jugando béisbol, seguro que encontrarás la manera de hacerlo.

Érika rodeó a sus amigas con los brazos. El resto se fue acercando de nuevo para formar un grupo, igual que cuando se habían reunido alrededor de la bola.

—Merecemos jugar y terminar este partido. Darlo todo y disfrutarlo —dijo Fermín.

—¡Sí! —rugieron todos.

—A la de tres vamos a gritar algo —dijo Carmen, entusiasmada.

—¿Constructores? —preguntó Gustavo.

—¿Pirirís? —sugirió Mariano.

—¿Pirictores? —soltó Brandon.

Rafa sonrió y alzó la voz.

—¡No importa! Pensemos lo que sea y gritémoslo a la de tres. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres!

—¡¡¡¡Béisbol!!!!

El grito se expandió como una ola, vibrando en la tierra bajo sus pies. Entonces una luz dorada comenzó a filtrarse entre las nubes hasta envolverlo todo. Desde un punto lejano, un canto dulce y agudo creció en el aire.

Algo revoloteaba en la camisola de Manuel. Se desabrochó los botones y de ella surgió un pequeño destello. La luz se desplegó hasta tomar forma: un pirirí real. Con un aleteo poderoso se elevó, giró sobre el montículo, y descendió haciendo círculos sobre sus cabezas. El ave los saludó con su canto dejando detrás de sí un rastro tan brillante como una moneda de 10 nueva.

El pirirí se posó sobre la bola suspendida y esta cayó al suelo.

## 18.

### El tiempo reanimado

Contrario a lo que esperaban, la realidad no regresó a la normalidad. Si la bola ya había caído, ¿por qué el stop no terminaba? El público y los coaches seguían inmóviles en sus puestos, lo único que había cambiado era la posición de la bola, que ahora estaba en la tierra. En cuanto al pirirí, había desaparecido en el vasto cielo.

—¿Y ahora que, Érika? —preguntó Bi.

Esta vez Érika no tenía una respuesta. Sus teorías se detenían en el movimiento de la bola, no en lo que vendría después. Manuel tomó la pelota con la mano derecha y la sostuvo con firmeza.

—Es momento de jugar —dijo lleno de seguridad—. Con todo, sin importar ganar o perder.

El aire se movió con sus palabras. La rivalidad había quedado atrás. Solo quedaba la camaradería.

—Manuel tiene razón —dijo Érika con un brillo nuevo en los ojos—. Si esto empezó con un partido, lo lógico es que termine con el mismo. Vamos por nuestros guantes y démoslo todo.

Los jugadores asintieron entre risas y pasos rápidos. Carmen se colocó su equipo de catcher y corrió al home. Los Piriris recogieron sus guantes y tomaron posiciones.

Mónica se puso el casco, tomó el bat y se acomodó junto a Carmen.

—Dejarte golpear no es la única forma que tienes de llegar a primera, ¿sabes? También puedes batear.

—Gracias, lo haré —respondió Mónica—. Se lo debo a Manuel.

Desde el dugout escuchó las voces de sus compañeros alentándola:

¡Tú puedes, Mónica!, ¡Sácala del parque!, ¡Dale con la pala!

Manuel ajustó su gorra. Miró su pantalón limpio y lo ensució con un puñado de tierra. Aún olía a sabores, como si la



lluvia siguiera viva en el campo. Levantó la vista con dirección a Mónica y le guiñó un ojo.

«Estás lista para enfrentar esto y cualquier cosa».

Mónica apretó el bat. Hizo presión con los dedos gordos de los pies contra los spikes y la tierra.

El campo empezó a llenarse de pequeños rumores en forma de susurros, voces, gritos y tambores. Era la normalidad regresando poco a poco, venía como un temblor desde el corazón de la tierra.

Sin esperar la señal de Carmen, Manuel levantó la rodilla, se apalancó hacia atrás y soltó el brazo como un látigo. Esta vez lanzó la curva que había tenido miedo de lanzar en el calentamiento. Se la debía a Carmen. La bola giró en un arco luminoso, como si arrastrara tras de sí la estela dorada que había dejado el pirirí.

Morales vio la dirección de la bola que viajaba hacia el plato. Con su trayectoria algo más avanzaba: el tiempo reanimado. Apretó los dientes y giró el bat con fuerza. El aluminio del bat cortó el aire.

Y falló.

## 19.

# Segundas oportunidades

—¡Striiiiike 3! ¡Estás fuera! —rugió el ampáyer.

El público, ajeno a todo lo que había pasado en el campo, despertó de golpe. Sus muecas de susto se transformaron en expresiones de asombro.

—Juro que vi que esa bola iba directo al rostro de mi hija —dijo el señor Morales con la mano en el pecho.

—Yo vi lo mismo —respondió un hombre a su lado—, pero ese Manuelito nos engañó a todos... transformó su lanzamiento en una curva.

—Me alegra que mi hija no haya sido golpeada, pero odio verla ponchada.

—Lo bueno del béisbol —contestó el hombre con el rostro serio— es que siempre da segundas oportunidades.

—Es verdad... por cierto, ¿usted quién es?

—Me llamo Octavio y me encargo de cuidar este campo.

—Ya veo, parece conocer bien el deporte.

Don Octavio clavó la vista en el diamante, observando las precisas líneas de cal que había dibujado antes del juego.

—Se sorprendería.

Mónica regresó al dugout con una sonrisa cansada. Había fallado, sí, pero en ese swing dejó todo lo que tenía. El coach Pablo frunció el ceño, pero a ella no le importó. Fermín se levantó para recibirla con la palma abierta.

—Bien intentado —le dijo y chocaron las manos.

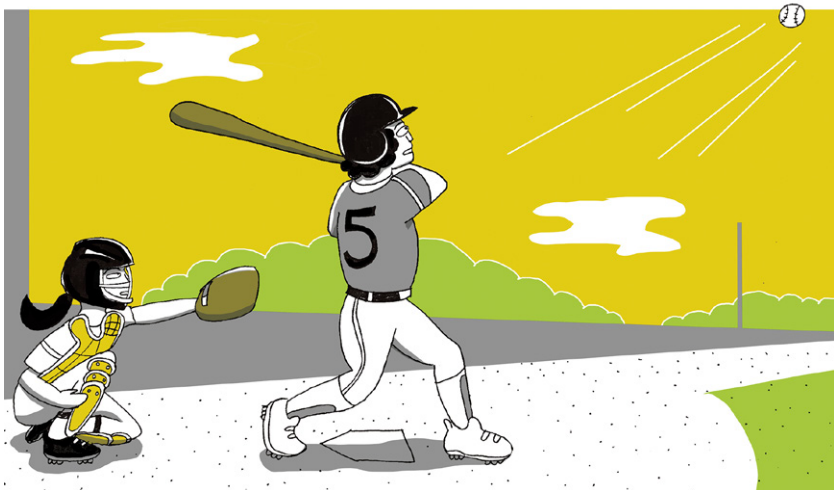
—Se intentó —dijo la bateadora ponchada—. Espero tengas más suerte que yo.

La estrategia del coach se había frustrado. De nada serviría ya tocar la bola si nadie estaba en primera. Fermín tuvo su intento para batear como desde el inicio quería.

Pero tampoco pudo hacerlo. Manuel estaba intratable.

—Te lo dejo a ti, amigo.

Gustavo caminó hacia el home. No miró al público; en su mente aún resonaban la lluvia, las risas y el instante en que habían unido sus manos para gritar «Béisbol». Incluso por un momento, juró ver la sombra del pirirí volando alto, como si los acompañara en el juego.



Manuel ajustó su gorra, sacudió la tierra de su pantalón, respiró hondo y lanzó la bola.

Gustavo hizo swing.

Un golpe seco y metálico rompió el aire. La bola salió disparada, elevándose hacia el cielo, y con ella, el juego y la vida, estaban de nuevo en movimiento.

## 20.

# Epílogo

Señoras y señores, estamos en el momento decisivo. Manuel «Finito» González, el cerrador estelar, está en el montículo. Novena entrada, México gana a Japón por una carrera. El estadio entero vibra con cada jugada.

El temible bateador Toji Toriyama se planta en la caja con calma. Bases llenas. La cuenta: tres bolas, dos strikes. El público contiene la respiración y, por un instante, el tiempo parece esperar al lanzador. González aprieta la bola, con claridad, con firmeza. ¡Puede hacerlo!

«Es él o yo».

El público rompe el silencio: un grito, dos, tres, miles de voces al unísono. Todos dicen lo mismo:

—¡Pónchalo!

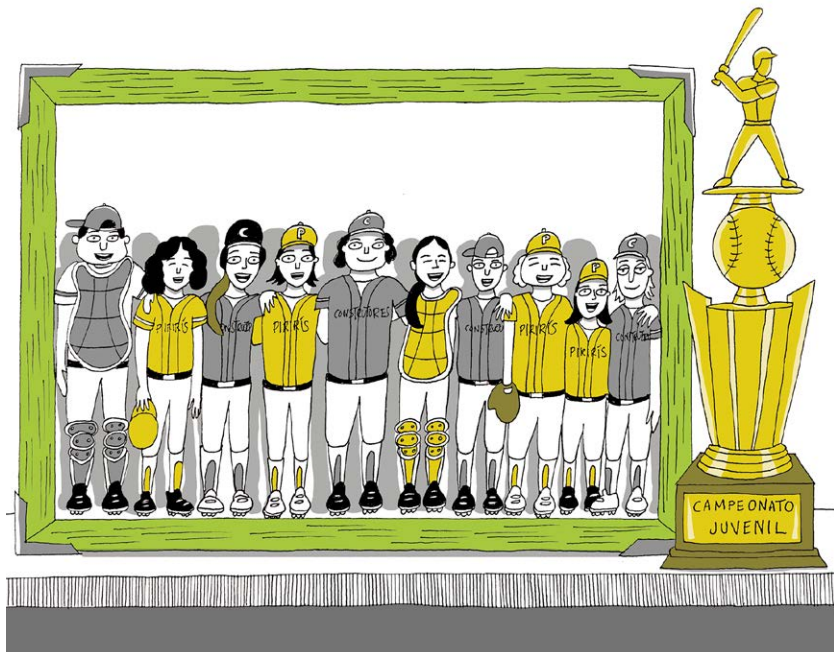
El pitcher alza la pierna, gira la cadera y suelta el brazo. ¡Curva extraterrestre! El bateador no encuentra la bola y se

poncha. El ampáyer da un puñetazo al aire y señala el out de la victoria.

«Sí, es mejor así».

La euforia estalla en las tribunas. México es campeón mundial por primera vez en la historia. El dugout se vacía, los jugadores se lanzan al campo y saltan como una sola ola en el montículo.

Entre los abrazos y los saltos, Manuel apunta hacia el cielo agradeciendo la victoria. Un destello fugaz cruza por el cielo pareciendo responder a su llamado. Sonríe y sigue festejando con su equipo, porque hicieron todo lo posible para ganar y lo lograron.







## AUTOR

*Alexander Gracia*

Nació en el municipio de Guadalupe, Nuevo León. De niño le gustaba jugar a las escondidas, al béisbol y a armar figuras con Legos; ahora, de grande, continúa con ese interés por construir, pero lo hace con textos: escribe para poder compartir lo que de verdad le importa y porque le fascina sorprenderse de las formas que puede tomar una idea. Pasa el tiempo entre libros, películas, pesas, café y aprendiendo cosas nuevas.



## ILUSTRADOR

*Luis Ángel Martínez*

Nació en Monclova, Coahuila. Las páginas de historietas, como *Condorito*, *Calvin y Hobbes*, *VideoRisa*, *Súper Méndez* y la revista *MAD* fueron influencia para que pronto descubriera una pasión en el arte, el dibujo y la música, que luego se convirtió en necesidad básica y propósito primordial. Actualmente es autor de cómics e integrante de la banda de rock psicodélico Los Mundos. IG: @luis.angel.martínez



SIEMPRE HARÉ LO MEJOR



INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL  
Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE NUEVO LEÓN

*Este libro se imprimió y encuadernó  
en papel bond de 120 gramos para sus interiores  
y couché de 300 gramos para la portada,  
en los talleres de Monterrey Arte Gráfico S. A. de C. V.,  
durante el mes de junio de 2026.  
La tirada constó de 1,500 ejemplares.*

*En su formación se utilizó la fuente Gandhi Serif  
en 11.5 puntos para el cuerpo del texto.*



Cuidado de la edición

Cuauhtémoc Iglesias Ontiveros  
*Titular de la Dirección de Capacitación Electoral*

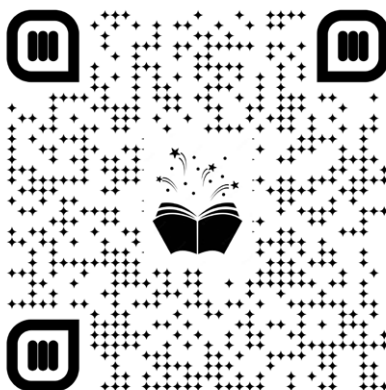
Mateo de Jesús Flores Flores  
*Titular del Departamento Editorial*

Alan Márquez Rodríguez  
*Analista de Procesos Editoriales*

César Eduardo Alejandro Uribe  
*Analista de Corrección*

Elena L. Herrera Martínez  
Vanessa Victoria Esquivel Cáceres  
*Analistas de Diseño Editorial*

Descarga aquí la versión digital  
y encuentra otros libros  
de la colección:



[www.ieepcnl.mx/info/publicaciones](http://www.ieepcnl.mx/info/publicaciones)

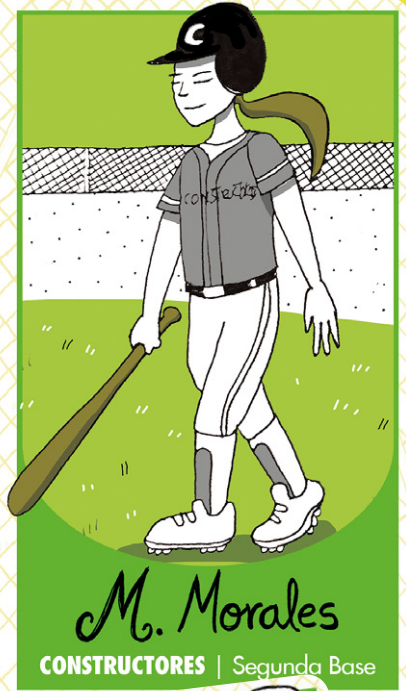
**SAMUEL SOSA**



*Sosa*

CONSTRUCTORES | Catcher

**MÓNICA MORALES**



*M. Morales*

CONSTRUCTORES | Segunda Base

**SANTIAGO SALAZAR**



*SANTIAGO S.*

CONSTRUCTORES | Primera Base

**GUSTAVO RESÉNDIZ**



*Gustavo R.*

CONSTRUCTORES | Pitcher



**IEEPC**  
NUEVO LEÓN



## Libros de la Anacahuita

Muchos años después, al enfrentar a la selección de Japón en la final mundial de béisbol, Manuel «Finito» González habría de recordar la mañana en que tuvo lugar su último juego de Ligas Pequeñas. Su equipo se llamaba los Piriris, en honor a un ave de pecho amarillo. Jugaban contra su exequipo: los Constructores. Ambos bandos se consideraban rivales naturales y se enfrentaban continuamente en el torneo regional. ¿Podía haber algo más grande para Manuel que este partido? Imposible. Ni las carnes asadas que hace su mamá, o bueno, tal vez sí.

ISBN 978-607-9000-34-9



9 786079 000349

5 de Mayo 975 Ote.,  
Centro, Monterrey N. L., México  
(81) 1233 1515  
[www.ieepcnl.mx](http://www.ieepcnl.mx)